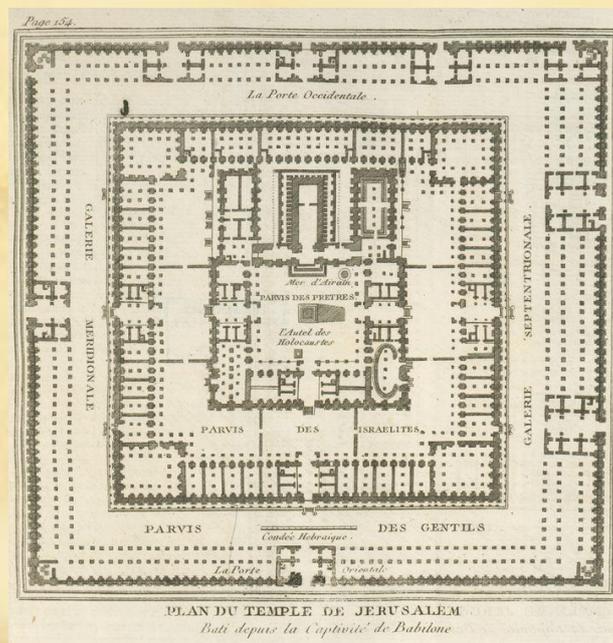


Las Llaves del León

Consideraciones espirituales acerca de la Curia Romana,
del Estado Vaticano y de la Urbe misma



J.A
Fortea

Versión para ipad

 Editorial Dos Latidos
Benasque, España, 2014
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
Versión para ipad
www.fortea.ws

Índice

Índice breve



Prólogo



Colegio Cardenalicio:
los sagrados príncipes



La Curia Romana:
El corazón de la Iglesia



Estudiar en Roma:
Un acto más allá de lo intelectual



La Urbe:
El pedestal de la Curia



El Estado Vaticano:
Un pequeño Tibet



Conclusión

í n d i c e

Í N D I C E E X T E N S O



Prólogo9

✦ Colegio Cardenalicio:

El cónclave.....	13
El cardenal retirado.....	24
Humildad.....	26
La dignidad cardenalicia.....	27
La imagen que se tiene de los cardenales.....	29
El aspecto conciliar.....	30
El color rojo de las vestiduras.....	31
Los tipos de sotana.....	32
El anillo y la cruz.....	33
La propia imagen.....	34
El trabajo.....	34
La vida espiritual.....	36
La lengua.....	38
La predicación.....	39
La corrección a los otros.....	43

✦ La Curia Romana:

La carrera eclesiástica.....	52
El tiempo libre.....	64
Siguiendo a Cristo pobre y humilde.....	67
Meritocracia.....	71
Los laicos en la Curia.....	74
Las manzanas podridas.....	76

El populismo como criterio de gobierno	77
Tantos tesoros escondidos	78
Dos reformas de la Curia	81
La magnificencia	83
Cuestiones eclesiológicas	84

✦ Estudiar en Roma

Consejos espirituales	89
Necesidad de una reforma de los colegios.....	93
Consejos prácticos para la tesis.....	96

✦ La Urbe

Otra Roma hubiera sido posible	105
Lugar para la santificación.....	107
Cuatro corazones	109

✦ El Estado Vaticano

El mundo de lo posible.....	118
Los prejuicios	121
Una isla otorgada por la Providencia	123
Vaticano Hierosolimitano.....	126
Conclusión	132

Prólogo

Cuando estudiaba mi doctorado en Roma en Teología Dogmática, observé la Curia y la vida eclesial de la Urbe y fui tomando una serie de apuntes. Esos apuntes recogidos conforman este libro de reflexiones y consejos espirituales. Al final, he decidido publicar esos apuntes bajo el subtítulo de *Consideraciones espirituales acerca de la Curia Romana, del Estado Vaticano y de la Urbe misma*. No es un tratado que aborde de forma sistemática todos los aspectos que se anuncian en el subtítulo, sino una especie de gran sermón. Eso sí, un sermón muy especializado porque se dirige a unos oyentes muy concretos.

En esta obra, al hablar acerca de los cardenales, he dejado sin tocar todos los aspectos generales de la vida espiritual de estos que eran comunes con los obispos. Pues acerca de la vida espiritual de los obispos ya escribí la obra *La Mitra y las Ínfulas*. En el presente libro decidí desde el principio tratar de aquellos aspectos específicos de los cardenales o de los obispos curiales, dejando aparte la vida espiritual de los obispos, considerada ésta en general. Por eso, ésta obra no es un libro sobre el episcopado, sino sobre los cardenales y la Curia Romana, por lo menos es así en las dos primeras partes del libro.

Este libro mío si se desea puede completarse con la lectura de mi ensayo *Colegio Purpurado*. En ese otro opúsculo, me detengo a considerar los aspectos eclesiológicos del Colegio Cardenalicio.

La presente obra es un libro que podrán leer los laicos con aprovechamiento. Leer sobre los cardenales, sobre la Curia, hará que los laicos comprendan mejor y amen más esas realidades. Esta obra no tiene nada de documento secreto, sino de largo sermón. Nadie se escandalizará al leer estas páginas, porque los pecados son sustancialmente los mismos en todos los humanos.

Me gustaría pensar que esta obra es una contribución a la tarea de crear una espiritualidad del cardenalato. Y no sólo respecto a ellos, ojalá que este libro sea una aportación para entender mejor de un modo espiritual al Vaticano y la ciudad que lo rodea.

En estas páginas, subyace la alegría de comprobar que el sistema de gobierno eclesial funciona, y funciona bien. Hasta los gobernantes de la tierra miran con envidia al Vaticano, mientras se preguntan: ¿quién pudiera lograr para una nación un gobierno tan eficiente como el que tiene la Iglesia en Roma?

El sistema funciona, de lo que se trata es de que brille con una luz espiritual más pura. Por supuesto que también sugeriría otras cosas que las dichas en aquí. Siempre hay un cierto número de manzanas podridas. Pero no todo se puede decir en un escrito público. Los cristianos formamos una familia, y en toda familia los trapos sucios se lavan en casa.

De una última cosa deseo dejar constancia al comienzo de esta obra, en la Curia Romana hay muchos santos, muchos: laicos, sacerdotes, obispos y cardenales. En muchos momentos de este libro me voy a fijar en lo que hay que cambiar, nos vamos a fijar en el pecado, en las tentaciones. Pero no perdamos la visión de la realidad, hombres llenos del Espíritu están ya trabajando en todos los niveles de la Curia.

El Colegio Cardenalicio

Los Sagrados Príncipes



La Historia de la Iglesia nos muestra como los cardenales en un tiempo fueron clérigos de la ciudad de Roma. En otras épocas fueron, en buena medida, señores temporales. En la última etapa se les podría ver, en cierto modo, como una representación del episcopado mundial. Digo que se les puede ver así en cierto modo, porque estrictamente hablando ellos no representan a nada ni a nadie. Los purpurados son personas escogidas para cumplir una determinada función eclesiástica. Pero ellos no tienen que rendir cuentas ante ningún grupo de fieles, ni ante ningún cuerpo clerical. Es cierto que cuando se reúnen en consistorio, en sus personas están representadas las iglesias del mundo, pero estrictamente no representan a nadie.

En las siguientes páginas voy a hablar con cierta dureza, porque cada uno de los miembros del Colegio Cardenalicio debe aspirar a la máxima configuración con Cristo. De ahí que deben los purpurados luchar por desterrar cualquier rastro del hombre viejo, para convertirse en hombres nuevos regenerados por el Espíritu Santo.

Si miramos la vista atrás, considero que tenemos el mejor colegio cardenalicio de la Historia. Sólo en la época gloriosa de la Iglesia naciente y las primeras persecuciones el clero

probablemente fue superior. Con la excepción de la edad dorada del comienzo de la Iglesia, lo repito, nuestro Colegio Cardenalicio es el mejor de toda la Historia. Pero no deben conformarse ellos con la purificación lograda, deben aspirar a más, debéis aspirar a desterrar cualquier aspecto de vuestras vidas que no esté conforme con la gran dignidad que ostentáis, la de ser príncipes de la Iglesia. Príncipes no en el sentido mundano de la grandeza de la tierra, sino en el sentido del Reino de los Cielos que es un reino espiritual. Es decir, en las cosas espirituales deberíais ser colosos. Pues lo seáis o no, ejercéis una influencia sobre la Iglesia como no la ejerce ningún otro prelado, fuera del Papa. No sólo le ayudáis con vuestro consejo e incluso, tantas veces, os usa como instrumentos de su gobierno.

Por eso la dureza con que me dirijo a vosotros en tantos momentos de estas páginas. Debéis luchar por mejoraros. No podéis conformaros con que ser simplemente buenas personas.

Ya he explicado antes que en esta obra no voy a proceder de un modo sistemático. Estas páginas son apuntes espirituales. Por eso, voy a comenzar por la gran función que es prerrogativa exclusiva de los cardenales, elegir al nuevo Sumo Pontífice.

El cónclave

Todo en un cónclave debería ser adoración a Dios, un ponerse a la escucha del Espíritu Santo. Rodeados de una inmensa belleza (la del Vaticano), rodeados de la oración de toda la Iglesia, rodeados de una tierra en la que tantos cristianos dieron su vida para que el Reino de Dios triunfase. El cónclave debe realizarse en un ambiente sereno en el que el diálogo se intercale con la oración. Ésa podría ser una definición de un cónclave: una

reunión sagrada en la que la oración y el diálogo se intercalan, y en la que se realizan varias votaciones al día. La gente (y no sólo los creyentes) puede gozarse del espectáculo precioso de los príncipes de la Iglesia reunidos en una reunión sacra, un principado del espíritu.

Es decir, un cónclave debería ser el encuentro de más de un centenar de hombres del Espíritu, convocados de los cuatro puntos cardinales. Antes he escrito “principado del espíritu” (con minúscula), porque el suyo es un principado de las cosas del espíritu, un principado respecto al mundo de las almas. Sus almas deberían ser almas escogidas en el mundo de las almas. Después he escrito “hombres del Espíritu”, para indicar que deberían ser hombres del Espíritu Santo, movidos por Él.

Ayudados por las oraciones de todo el Reino de Dios, ayudados por hombres vivos y por las almas de los vivos en el más allá. Los cardenales deberían ser prelados inspirados por los ángeles, reunidos en torno a María, como polluelos alrededor de una madre. Y allí en ese lugar sagrado tras recibir tantas ayudas de lo alto, ir al sagrario para preguntarle a Cristo: ¿quién quieres de entre nosotros que sea tu vicario en la tierra?

Eso debería ser un cónclave ideal, como lo hubiera querido la Santísima Trinidad. Algo más de elemento humano habrá, ciertamente. Fuera de esos muros santos pueden rugir los lobos que odian a la Iglesia. Pero dentro de ese perímetro no hay que permitir que merodee ninguna serpiente que eche sus gotas de veneno. En cuanto un cardenal, Dios no lo quiera, comenzase a desgranar ante los demás el discurso de la debilidad humana, habría que corregirle con amor pero con firmeza. La debilidad humana se presentará en cada época revestida con una apariencia distinta. El cónclave es una reunión de hombres del Espíritu, para elegir al Vicario de Cristo bajo las reglas del Espíritu.

Lo humano ha de ser tenido en cuenta. Cristo mismo lo tuvo en cuenta al elegir a sus Apóstoles: muchos eran galileos, cuatro eran hermanos, uno era primo de Jesús. Pero con la excusa de tener en cuenta lo humano, existe una tendencia a darle demasiado espacio en aquello que esencialmente es espiritual. Y de allí con el paso del tiempo, fácilmente se da cabida incluso a la debilidad. Por ese camino, con el pasar de las generaciones, se acabaría dando cabida a la indignidad. Hay que estar muy vigilantes. La acumulación de pequeñas desviaciones da lugar a que la jerarquía, al cabo de medio siglo, pueda estar muy desorientada. Los lamentables errores del pasado tuvieron lugar porque alguien fue condescendiendo con lo pequeño. Pequeñas malas decisiones, pero que sabían que estaban erradas. Qué gran cosa es el juicio recto y sabio para juzgar.

Si pudiéramos ver el mundo del espíritu, veríamos a los ángeles concentrarse sobre el Vaticano en los días que dura un cónclave. Espíritus bondadosos llenos de luz que hablan a las conciencias de los purpurados. Jesús de Nazaret está sentado en su trono en el sagrario de la Casa de Santa Marta. Todos los ayudarán a tomar las decisiones adecuadas. Pero debéis poner los medios, debéis estar a la escucha del Espíritu. La reflexión silenciosa, personal, de cada uno a solas ante Jesús, es completamente necesaria. Sin ella, te equivocarás. Y tus gustos personales prevalecerán por encima del candidato del Espíritu Santo.

El gran símbolo del cónclave es la llave. Es decir, los purpurados deben cerrarse, recogerse, aislarse. Es a Dios a quien deben escuchar, no al mundo. El mundo con sus vanidades no debe tener ninguna influencia en ese recinto sagrado. ¿Cuántas gracias e inspiraciones deben sentir algo más de un centenar de hombres, cuando toda la Iglesia, entera, está rezando por ellos?

Sólo ellos lo saben. Aunque, sin duda, si uno tiene ruido en su interior, si está tenso y nervioso, si sacrifica el tiempo de estar con Dios por dedicar tiempo a hablar con los demás, entonces no sentirá nada, será una reunión más.

Si siempre hay que orar, durante un cónclave el tiempo de oración es aún más necesario. Busca tu tiempo para estar delante del sagrario, para leer la Biblia, para pasear a solas. En cierto modo, busca aislarte un poco. Trata de vivir recogido esos días. Esos días tendrás la tentación de ser simpático, de hacerte muy presente ante tus hermanos. Tendrás la tentación de que éstos son los peores días para buscar ratos donde estar a solas con Dios. *Debo sacrificar mi tiempo de oración por bien de la Iglesia*, te dirás. Creerás poder suplir con ratos cortos de oración pero muy intensos, el tiempo que deberías dedicar a hablar con Dios. Creerás poder suplir con intensidad. En el fondo, buscas que te vean, buscas influir, el yo. El yo en vez de Dios. Eres un hombre de Dios, pero confías más en tu yo que en la Mano de Dios.

Escucha, mantente a la escucha, vive en la presencia de Dios, recita jaculatorias, y cuando hables a tus hermanos, hazlo como lo haría un Padre de la Iglesia, como lo haría uno de los obispos de los primeros siglos, con la mente de aquellos venerables patriarcas. No hables como un hombre del mundo en medio de príncipes e la Iglesia. no hagas de abogado del diablo.

El cónclave no debe suponer la menor tensión para ti. Debes estar allí con una perfecta quietud de ánimo. Quizá el verbo clave sea “estar”. Un *estar* orante, en paz, tranquilo, escuchando, dejando que Dios actúe. La tensión, las prisas, los enfados, provienen de pensar que lo que importan son las fuerzas humanas. Considera que un cónclave es como un pequeño concilio en medio de un retiro espiritual.

Tendrás muchas oportunidades para orar especialmente en la Capilla Sixtina mientras proceden las votaciones y mientras esperan a que estas comiencen. Puedes llevarte un librito para leer recogido mientras esperas. No te quedes allí simplemente pasando el tiempo, al menos, mantén la presencia de Dios.

Es un error pensar que no importa lo que se haga en el cónclave, puesto que al final el resultado es la voluntad de Dios. Es cierto que el resultado del cónclave será la voluntad de Dios, pero los teólogos distinguen entre voluntad antecedente y voluntad consiguiente. La voluntad antecedente de Dios podía ser que Dios quería que el Papa fuera un determinado cardenal, es decir que ése era el candidato de Dios. Pero con voluntad consiguiente Dios finalmente permitió que saliera elegido otro cardenal. En ese sentido incluso un candidato indigno también es Papa por voluntad de Dios, pero en el sentido de que Dios lo permite. Dios quería que fuera Papa uno, pero permitted que fuera otro.

Cuando os encerréis en la Capilla Sixtina, recordad que entre todos uno es el candidato de Dios. Se trata de orar, dialogar y reflexionar sin prisas para descubrir quién es el que Dios quiere. En la medida en que seáis más humanos, elegiréis candidatos más imperfectos. Si fuerais puro espíritu, hombres enteramente espirituales, fácilmente escucharíais las inspiraciones del Espíritu, fácilmente Dios os iluminaría, vuestra razón no se vería nublada por las tinieblas de lo mundano. De los cónclaves unas veces surge como Papa el que Dios quería, otras el que Dios permite. Por eso no es indiferente lo que se haga en un cónclave. Pero una vez que tú hayas hecho lo que debes, déjalo todo en las manos de Dios. Tu parte hazla bien, y después descansa en Dios.

Recuerda que la tradición es escoger al Sucesor de Pedro de un modo colegial. Es decir, no se trata de imponer, ni de vencer,

ni de prevalecer, ni de derrotar. Se trata de hablar como hermanos para que, en buena armonía, se encuentre un nombre alrededor del cual exista un amplio acuerdo.

Colegialidad, no bandos. Armonía, no enfrentamiento. Escucha, no empecinamiento. El Espíritu Santo está en medio de la reunión de los sucesores de los Apóstoles. El Paráclito tiene su candidato. Hay que escuchar al Espíritu. Se trata de escucharle a Él. Dios hablará a través de los hermanos si uno trata de escuchar su voz en el hermano que habla. Y hablará no a través de modos extraordinarios, sino a través de las razones ofrecidas en el diálogo, de la exposición de argumentos a favor y en contra. El modo ordinario en que Dios manifiesta su voluntad no es a través de lo extraordinario, sino a través de la razón. Incluso con los santos, Dios solía hablarles a través de lo ordinario. Incluso con ellos, las luces divinas se encendían a través de lecturas, de la reflexión, del diálogo con otros.

Los cardenales deben ser cuidadosos en el modo de hablar acerca del cónclave y la voluntad divina. Un párroco entusiasmado en su sermón puede incurrir en imprecisiones, pero un purpurado no. La voluntad de los cardenales no se identifica necesariamente con la voluntad de Dios. Es cierto que, a este respecto, lo que los cardenales atan en la tierra, quedará atado en el cielo. Pero también es cierto que Dios, insatisfecho de la elección, puede llamar a su presencia a ese nuevo Papa dos días después de la elección. Dios no se somete ante nada ni nadie. Dios acepta lo que se ate en el cónclave, pero lo acepta a sabiendas de que su voluntad prevalece de forma absoluta.

Dios es la Trascendencia, el Santísimo Omnipotente. Insisto en el cuidado que hay que mostrar en el hablar: no se puede identificar la voluntad cardenalicia con la voluntad del Altísimo

ante cuya presencia nadie puede mantenerse en pie. Nuestra suma adoración hacia el Misterio Trino de Dios debe manifestarse también en el modo de hablar. Sería inadecuado que un cardenal diga: Dios ha elegido a tal candidato. Cuando, en realidad, quizá el Señor no lo ha elegido y hubiera preferido cuatro nombres por delante de él. La adoración nos lleva al respeto. Lo que sale de nuestra lengua debe ser manifestación de la suma adoración existente en nuestro corazón.

Sin duda, el que salga elegido de un cónclave, ése es el Sucesor de Pedro. Pero ha quedado claro que eso no significa que él sea el mejor, eso no significa que él hubiera sido el más adecuado para ese puesto. Aunque qué duda cabe de que un cónclave de hombres santos designaría al Elegido de Dios, al hombre que Jesús hubiera querido que guiase a sus hermanos.

No hace falta ser santo para elegir al candidato más adecuado. Una persona con defectos puede escuchar lo que Dios le dice en su conciencia. Un cónclave de hombres imperfectos puede escoger al candidato más perfecto. Pero en la medida en que haya más defectos en el alma, más difícil resulta escuchar la voz silenciosa de Dios, más fácilmente la razón cae en el error. Por eso resulta tan esencial la santidad en el Sacro Colegio.

Un cónclave tiene repercusiones para todo el Cuerpo Místico. Por eso no hay que tener prisa. Un cónclave tiene que durar, lo que en cada caso se vea conveniente. Es algo tan importante para la vida de la Iglesia, que no hay que tener sensación de urgencia.

Recuerda, a la hora de votar, que lo que Dios quiere no son hombres simpáticos, muy humanos, comprensivos, o sabios según el mundo. Sino que Jesús quiere como vicarios suyos a hombres transformados a imagen del Padre que está en los cielos. Hombres que sean morada de Dios. Hombres que realicen las obras del

Altísimo como Él quiere que sean realizadas las cosas. Al modo de Dios, no al modo de los pobres hombres de la tierra, que todo lo ven con criterios humanos y lo peor es que no se dan cuenta.

Existe la tendencia humana de que las simpatías se inclinen por aquellos hombres que tienen mejor imagen según la opinión pública, pero no a los que se han dejado transformar más por Dios. El Señor permite, Dios calla, pero en el Cielo se verá lo que hubiera sido la Iglesia si desde el principio se hubieran escogido de un modo perfecto a los sucesores de Pedro.

La conciencia, en algunos casos, puede engañarse con la excusa de que alguien no es el más digno, ni mucho menos, pero que es un hombre de gobierno. No te engañes. Para pastorear la Iglesia se requiere sólo un mínimo de capacidad de gobierno, de sentido común, de prudencia. No te engañes para escoger al que sabes que es menos digno, con la excusa de su prudencia. La ciencia y la prudencia necesarias son, pero con una medida suficiente de ambas ya basta.

Con esto no estoy diciendo que siempre haya que escoger al más santo. No. A veces el más adelantado en las cosas del Espíritu, no será el candidato más adecuado. Pero quede claro que son pocas las ocasiones en las que eso es así. Las más de las veces despreciamos el oro (la santidad del alma) por las baratijas (ciertas cualidades humanas como la prudencia en el gobernar).

Y cuantas veces, ¡cuántas!, esa prudencia en el gobernar es mera sagacidad, mera astucia propia de los hombres del mundo, pero no de los hombres renacidos en Cristo. Otras veces se prefiere el enciclopedismo teológico de alguien que no tiene una gran experiencia del conocimiento del Misterio de Dios. Peor todavía, Dios no lo quiera, si eligieras a alguien simplemente porque te cae bien, a sabiendas de que no es el más adecuado.

Como se habrá observado, hablo del candidato más adecuado, no siempre del candidato más digno. Porque ambas cosas, en ocasiones, no se identifican. Puede haber circunstancias en las que un candidato menos digno, sea el más adecuado en una determinada situación. Pero normalmente el más digno es el más adecuado.

Mi opinión personal es que conviene votar por candidatos que cuenten con menos de sesenta y cinco años, pues un Papa es una figura paternal, y no se puede estar cambiando de padre cada diez años. Por supuesto que esto es un consejo general, en el que la prudencia puede dictar excepciones, e incluso muchas excepciones. Pero este consejo acerca de la edad conviene que sea tenido en cuenta, porque un Romano Pontífice es un pastor, y un pastor requiere de tiempo para ser conocido por sus ovejas. Uno es proclamado Papa al ser elegido. Pero sólo será visto de un modo natural como un padre, al cabo de un cierto número de años. Además, cualquier plan de reforma que un Papa quiera realizar, plan que sea un poco ambicioso, requiere de tiempo. Aunque sé que es un pensamiento muy opinable, considero que lo ideal sería que los Papas no estuvieran menos de unos veinte años ejerciendo sus funciones.

Siendo cardenal estás en el único puesto del mundo en el que uno puede albergar tentaciones de pensar que puede llegar a ser Papa. Alguno puede pensar que tiene una posibilidad entre mil, otro pensará que tiene una posibilidad entre veinte. Hay que evitar la tentación de creer que el papado puede caer en tus manos. No hay ni una posibilidad entre diez, ni una entre cien: llegará a ser Pedro el que Jesús quiera que sea Pedro. Si Jesús no te ha elegido, no tienes ninguna posibilidad. Si el Cristo te ha escogido entre todos, llegarás a ser por más que no hagas nada por

lograr tal preeminencia. Aquél que Dios ha determinado que llegue a ser Obispo de Roma, llegará aunque todos le pongan todos los obstáculos imaginables.

Antes en esta obra se ha explicado unos Papas llegan a Papas por elección divina, y otros simplemente por permisión. Unos Papas son elegidos por Dios y otros por los hombres. Tú, por lo tanto, no debes hacer nada para conseguir el papado. No debes esforzarte en caerle simpático a alguien, no debes hacer largos viajes para congraciarte con un purpurado, no debes hacer cosas que mejoren tu imagen. Porque tú no quieres robar el papado. Tú no quieres llegar a ser Papa elegido por los hombres. Si llegas a ese puesto, debe ser por Dios. Lo contrario sería algo humano. Algo de lo que avergonzarse.

Los Papas, como regla general, no deben renunciar, salvo por razones graves. De lo contrario, si las renunciaciones se generalizasen, cuando los Papas envejeciesen, siempre habría presiones para que renunciases. Presiones que vendrían tanto de los eclesiásticos, como de los medios de comunicación del mundo o de grupos eclesiales interesados. El Papa, aun muy anciano y aun no pudiendo ni salir de sus aposentos, debe ser visto como un patriarca, al modo de los patriarcas Abraham, Isaac o Jacob, debe ser percibido como el padre de una gran familia. No como el director de una gran organización. Un padre no dimite. Es padre por enfermo y debilitado que esté. Su mera presencia débil, aunque apenas pudiera andar o hablar, es el recuerdo de que la Iglesia no es una multinacional, no es una empresa. En la Iglesia no prima la efectividad. Cuando hablamos del Santo Padre, estamos hablando de una figura sagrada, venerable, aunque no pudiera ejercer el gobierno efectivo de la Iglesia en la última etapa de su vida.

Pero, por supuesto, hablamos como norma general al desaconsejar las renunciaciones papales. Porque hay casos en los que un Papa puede sentir en su conciencia que la renuncia es la mejor decisión, y estar en lo cierto. Nunca debemos juzgar a un Papa por renunciar. Dios habla en la conciencia de cada uno. Y puede darse una situación en la que la razón indique que la renuncia se trata de la decisión más acertada.

Pero imaginemos un caso extremo, como el caso de un Papa que no apenas pudiera hablar en los últimos dos años de su vida, que estuviera ciego, siempre en cama, totalmente debilitado. Los cardenales deberían acercarse a él como los hijos de Isaac cuando se aproximaban a su venerable padre. No deberían pensar que eso no puede continuar así y que hay que hacer algo. Por el contrario, hay que hacerse conscientes de que una realidad de ese tipo, supone una verdadera predicación para ellos y para el mundo. Que los purpurados se arremolinaran alrededor de su lecho para visitarlo, constituiría una escena entrañable. Si algún día, una situación así se diera en la Iglesia, nadie debe intentar cambiar las cosas con criterios seculares. Hay cosas que sólo Dios puede cambiar. Los hijos no pueden destituir a un padre. Al mismo tiempo que he expuesto la norma general, debemos aceptar una renuncia papal cuando se produzca sin emitir ningún juicio negativo. Por el contrario debe encontrar en nosotros decidido apoyo. El Papa tiene más información y es él el que debe decidir en conciencia.

El cardenal retirado

Grande es el honor que tiene sobre sí un cardenal incluso ya retirado. Es sólo honor lo que carga sobre sus espaldas. Honor carente de *potestas regiminis*, pero el más grande honor detrás del Primado de Pedro. El momento del retiro es un tiempo perfecto para dedicarse a actividades culturales y a predicar. Por supuesto, deberían ser años en los que uno pudiera dedicarse mucho más a la oración, la *lectio* y la adoración del Santísimo Sacramento. Sería óptimo que en tu piso llevaras un tenor de vida lo más monástico que pudieras. El final de tu vida debería ser la perfecta coronación de una vida dedicada a Dios.

Después de tantos años trabajando por la diócesis, por la Curia, por la Iglesia, finalmente, poderse dedicar, ante todo, al alma, qué gran sabiduría la de Dios al determinar que así sean las cosas. Ese tiempo final de retiro, lejos de ser un tiempo vacío, debe ser el tiempo más lleno de tu vida. No es un tiempo en el que no se trabaje, sino el tiempo en el que se trabaja de un modo más pleno por más esencial. Pues habría que dedicarse ya sólo a lo esencial con la vista puesta en el ingreso a la presencia del Misterio Divino.

Cuando el final se ve lejos, uno se dedica a cosas que están más llenas de paja. Uno se despista. Uno realiza actividades que tienen que ver más con el qué dirán o el que no digan, que con el valor de esa actividad misma. Pero cuando uno hace una simple resta y calcula los años que más o menos le quedan a uno de vida, uno ve las cosas de otra manera.

Es cierto que el tiempo del retiro es un tiempo de espera, pero de ningún modo un tiempo vacío, un tiempo sin sentido. Escuché una vez a un arzobispo que habría que dar alguna misión

que hacer a los cardenales retirados, como si el alma no fuera poca tarea. El alma y un apacible trabajo completamente centrado en Dios, ésa es la única labor del prelado retirado.

Todos los obispos tratan de trabajar centrados en Dios, pero la inminencia del fin, el deterioro cada vez más evidente del cuerpo, tanta gente que ya no se acordará de ti, eso da una nueva sabiduría. Mucha gente te dará la espalda, pero no por animadversión. Sino simplemente porque no se acordarán de ti. Cuando te vean te sonreirán, te halagarán, se alegrarán sinceramente. Pero después se olvidarán. Un cardenal retirado comprende mejor que nunca lo que es la vanidad de las cosas. Por eso es el momento perfecto para dedicarse a Dios de un modo puro, desnudo y perfecto.

Qué bello sería ver en la catedral o en las basílicas romanas a un cardenal que participa en los rezos corales de las horas canónicas, que está sentado en el confesonario atendiendo a cuantos quieren pedirle consejo o recibir el sacramento, que hace su oración delante del sagrario revestido de su púrpura, como un ornato más colocado ante la Eucaristía. Sí, el final de la vida permite dedicarse a dar más solemnidad con la propia presencia a las actividades del culto. Y eso resulta una lección de humildad para el purpurado: ya no soy nada, sólo sirvo como engrandecer los actos litúrgicos.

Humildad

Cuando estés en el cenit de tus funciones cardenalicias, será muy sano traer a la memoria el tiempo del ocaso de tu vida. Reflexiona, de vez en cuando, en cuál será tu vida, tu día a día, durante los años en que estarás retirado. Llevar a la oración ese capítulo final de tu existencia, te guiará acerca de cómo conducirte en el presente.

Esa decadencia física e intelectual te dará paz, te quitará toda ambición. Por el contrario, ay de ti si cada vez piensas más en tus derechos, en el honor que se te debe.

Ay de ti si te detienes a pensar, aunque sea brevemente, que un determinado cardenal no contaba con tantos méritos como tú para tal o cual puesto.

Esos pensamientos vendrán a tu mente durante tu cardenalato, pero no consientas en ellos, ni con brevedad. Mancharán tus pensamientos no sólo en ese momento por breve que sea, sino en días posteriores. Dejarán una mancha, una sensación de amargura, que después no es tan fácil sacarla.

Ay de ti si piensas que sabes mucho. Ay de ti si piensas que estás ornado de cualidades superiores a los demás: considera a los demás como superiores y más dotados de cualidades.

Al final de tu vida, probablemente, tus capacidades intelectuales mermarán. Tu mente perderá brillo, perderá agudeza. Todo eso te lleva a ser humilde ahora. Sé humilde, porque llegará el día en que tendrás que serlo a la fuerza. La vida humilla a todos. El paso del tiempo actúa con una perfecta crueldad. Perfecta y divina, para humillar toda soberbia.

Trata a todos por igual. No trates a los importantes con mucha afabilidad, y a los sencillos con dureza, prisa y gesto imperioso. Hay cardenales que al hombre sencillo lo reciben con aire de decirle: tú no sabes nada.

Tu agenda está muy ocupada y eso provoca que tengas poco tiempo, pero eso no significa que tengas que maltratar a la gente. Jesús atendía a los que podía, pero a todos con verdadero cariño.

Crees que haces mucho bien a la Iglesia, pero ese bien que haces está en relación a tu nivel de oración y vida ascética. Lo demás es sólo obra humana. Haces tanto bien a la Iglesia, tanta cuanto sea tu vida espiritual. Tu vida espiritual es tan intensa cuanto intensa sea tu vida de oración y ascética. No digo que haces tanto bien a la Iglesia, cuanto sea tu nivel de amor. Porque todos creen amar de un modo casi insuperable. Pero no se dan cuenta de que son las obras las que nos dan el nivel de amor, el resto son palabras.

La dignidad cardenalicia

La dignidad eclesiástica debería estar concorde con la dignidad personal. Imagina lo triste que sería ver a un cardenal que se enfada, que se impacienta, que exige, que murmura, que quiere que le traten con deferencia, que considera que se le deben ciertas exquisiteces en el trato. En definitiva, qué pena daría ver a un cardenal que hubiese perdido su camino. Un pobre hombre en medio de los honores. *No es por mí, es por la dignidad que ostento*, puede uno repetirse para no sentirse culpable de un

enfado. Debes hacer todo lo contrario, cada vez que te traten mal, piensa: *me lo merezco*.

Una cosa es la dignidad del cargo y otra la dignidad personal. Siempre piensa que tu dignidad personal está muy por debajo del cargo que ostentas. Esto no son pensamientos teóricos. Sobre todo los sacerdotes nos damos cuenta del abismo que en algunos casos existe entre la valía del sujeto y la dignidad que se le ha conferido. No digo que haya cardenales realmente indignos. Eso sucede muy raramente. El proceso de selección es muy riguroso. Pero sí que existe un trecho entre lo que eres como persona, y lo que debería ser un cardenal.

Pero por pobre hombre que seas, por digno de lástima que te muestres en tu falta de clase, en tu carencia de valor humano, no te preocupes porque los que te rodean te seguirán elogiando como siempre, con todas sus fuerzas, con todo su entusiasmo. Si algo no le faltará nunca a un cardenal, serán los elogios de los laicos y clérigos que le rodeen.

Créeme, uno puede ser un desgraciado, una persona carente de cualidades, y seguir ascendiendo en los puestos eclesiásticos. Nunca consideres haber ascendido hasta tu puesto como prueba de nada. He conocido a eclesiásticos zafios, egoístas, insoportables, que se hacían esta reflexión: *Si yo no tuviera algo, no habría llegado aquí. Debo poseer cualidades excepcionales, que en mi humildad no percibo*. Algunos consideran haber llegado a ciertos puestos eclesiásticos como prueba de *haber triunfado en la vida*. Recuerdo a un obispo que afirmó ante otros sacerdotes de un compañero suyo de seminario: *no es nada, no ha llegado a nada*. Y lo dijo como comparándose con él. Como diciendo: *fijaos partimos los dos del mismo punto de partida, y ved donde ha llegado él y donde he llegado yo*. Ay, después predicamos y predicamos. Pero en las sobremesas de las cenas, en

la intimidad, es donde abrimos el corazón de verdad. Y lo que hay dentro, a veces, es soberbia pestilente y putrefacta.

Eso sí, si Dios concede una larga vida a un purpurado, uno podrá tener la oportunidad, ya retirado, de verse olvidado. De ser el centro de tu mundo (una archidiócesis o una congregación), pasarás a ser postergado. Repentinamente, tras tu jubilación, notarás infinidad de pequeños detalles en los que comprobarás esa postergación.

Otra fuente de humildad, otra fuente de enseñanza, serán las enfermedades. El deterioro de la edad no hace distinciones con los purpurados. El derrumbamiento del cuerpo, como si de un edificio viejo se tratase, forma parte del plan de Dios, de Dios que es Maestro.

La imagen que se tiene de los cardenales

La gente que no conoce el Vaticano más que por las películas y novelas, cuando piensa en los cardenales se imagina complots y asuntos turbios. No se dan cuenta de los inficionados que están por esas obras escritas por ignorantes. Toman la ficción por realidad. Y no sólo eso, sino que lo poco que se pueda conocer de la realidad, se integra en la visión deformada por la ficción.

El Colegio de Cardenales de nuestra época está formado por hombres buenos, por clérigos completamente entregados a Dios. Vosotros debéis dedicaros al cultivo de la virtud y a la edificación de la Iglesia, sin que os afecte la maledicencia que tantas veces os rodeará. Que ni el elogio te ensoberbezca, ni la calumnia muerda

tu corazón hiriéndolo. Tu corazón debe estar tranquilo. Nunca permitas que hiera tu corazón. Un hombre de Dios arroja toda murmuración a los pies de Cristo: *Esto dicen de mí, pero únicamente me importa lo que Tú pienses de mí.*

Los cardenales siempre serán, además, el blanco de las críticas que proceden desde dentro de la Iglesia. Todos aquellos que no se atreven a criticar abiertamente al Papa, lo harán con los purpurados. Para los curas progresistas, el Papado siempre se excede en sus funciones con un exceso de intervencionismo. Para los tradicionalistas de ahora y del futuro, el Papado siempre se queda culpablemente inactivo. Siempre es más elegante murmurar de un prefecto de un dicasterio, que del Sucesor de Pedro.

El aspecto conciliar

Un aspecto interesante del Colegio Cardenalicio actual es que cuando se reúnen en consistorio general, constituyen como un concilio universal en pequeño. Es decir, son obispos venidos de todas partes del orbe que se reúnen para deliberar. En ese más de un centenar de obispos pervive el espíritu de los antiguos concilios de los primeros siglos, concilios pequeños, espontáneos.

Esa cercanía y familiaridad será imposible en cualquier concilio cuyos participantes se cuenten por varios centenares o millares de asistentes. De ahí, que éste sea un aspecto interesante del Colegio en nuestra época. En cierto modo, un consistorio es un concilio universal en pequeño. Por supuesto que habrá Papas que unas veces presidirán el consistorio general con ánimo de escuchar y deliberar, y habrá otros Papas que se sentarán ante los cardenales con la idea sólo de comunicar las decisiones que ya

han tomado. Ser obediente no significa callar y asentir a todo. El servicio que presta un cardenal es el de hablar.

El color rojo de las vestiduras

Para el hábito cardenalicio se escogió el color rojo por razones poco espirituales. El rojo intenso de la púrpura cardenalicia no era el color rojo normal más económico, sino que se trataba de un color muy llamativo y caro en la antigüedad. Pues el tinte con el que se hacía la purpura roja, era costoso. Algunos han querido ver en ese color rojo era un recuerdo de que debían dar la sangre por el Romano Pontífice. Eso es un sentido añadido en los siglos posteriores, que nada tiene que ver con el uso de la púrpura como elemento de lujo ya en la corte imperial de los césares. Además, ese sentido añadido es bastante cuestionable. ¿Realmente la función cardenalicia conlleva la obligación moral de dar la vida por el Papa? En mi opinión no. Puede darse que en conciencia un cardenal considere que es preferible salvar su propia vida en vez de la del Papa.

Se podría tratar de salvar *in extremis* ese simbolismo de dar la vida, en el sentido de estar dispuesto a morir como mártir por defender el primado de Pedro y sus sucesores. Pero eso sería rizar el rizo para defender ese sentido a toda costa. Cuando, además, el sentido real por el que apareció ese color, no tiene nada que ver con eso.

Sin embargo, a pesar del origen concreto histórico del uso de ese color, sí que existe otro sentido espiritual que me parece muy bello. El rojo es el color del fuego. Los serafines eran los ángeles más próximos al Trono de Dios. Porque Dios era un fuego irresistible como el fuego de un horno ardiente, el

significado etimológico de la palabra *serafines* sería el de “los ardientes”. Del mismo modo, los que estáis alrededor de la cabeza de la Iglesia, deberíais estar ardiendo en el amor de Dios. Ese sentido del fuego del amor a Dios, me parece más apropiado que el simbolismo de dar la vida por el Papa.

Los tipos de sotana

El transcurrir de los siglos con gran sabiduría ha determinado que los cardenales, como el resto de obispos y de clérigos en general, dispongan de varios tipos de vestiduras. En la vestidura litúrgica (alba, estola, capa pluvial o casulla), el cardenal se reviste de la máxima sacralidad, del máximo esplendor porque va a officiar directamente sobre los misterios sagrados.

Pero cuando es otro el que va realizar esa función directa, se impuso la costumbre del hábito coral. Porque se dieron cuenta de que era más bello disponer en el presbiterio de diversidad de vestiduras, que no revestir a todos con alba. Por último, la sotana normal (o el clergyman) nos ayuda a distinguir entre la belleza de las vestiduras que se usan para engalanar el culto a dios, y la sencillez que deben mostrar las vestiduras normales que se usan en la vida ordinaria.

Nos revestimos de lo más noble para honrar a Dios, pero en la vida ordinaria los clérigos vamos vestidos con sencillez. Para Dios lo mejor, para nosotros basta con una simple sotana negra. Unas vestiduras sirven simplemente para vestimos, y otras van

más allá de la función de cubrirnos, para entrar a ser parte integrante de la gloria que tributamos a Dios.

El anillo y la cruz

La cruz pectoral es para los demás una profesión de fe (creo en Jesucristo), como para ti un recuerdo de que portas sobre tus hombros la cruz que conlleva el episcopado. Por eso la tradición era que las cruces pectorales no fueran crucifijos, para expresar que eres tú el que debes llevar esa cruz.

El anillo es de metal para simbolizar la perdurabilidad de ese vínculo esponsal entre tú y el rebaño que se ha confiado. Si el anillo lleva engarzada una piedra, simboliza que cada apóstol es una piedra de la Iglesia, una piedra bella y dura.

Un obispo, además, debería ser una piedra preciosa que Dios ha colocado en lo alto para ser luz de los fieles. Si un obispo es una piedra colocada en lo alto de la construcción, un cardenal es una piedra colocada en alto de entre las piedras colocadas en alto.

Cualquier defecto que no sería notado en un párroco, será claramente percibido por todos en esa posición. Éstas en alto. No basta decir: *Yo soy así. Lo sabían cuando me eligieron. Yo no engañé a nadie.* Porque por más que repitas tal cosa, tu conciencia te dirá: *Tienes que estar a la altura de la dignidad de tu cargo. Debes hacerlo, al menos, para no escandalizar a tantos como te ven.*

La propia imagen

Los cardenales no deben buscar quedar bien ante el Papa. El cardenal que anda preocupado por la propia imagen, se ha puesto en el centro a sí mismo en el centro de sus inquietudes. Es fácil que un cardenal tenga la tentación de tomar sus decisiones pensando en su imagen. La imagen ante la opinión pública, que tenga buena opinión de uno el resto del Colegio Cardenalicio, que uno esté bien considerado por el Santo Padre. Uno puede ser un esclavo del querer quedar bien, y acabar gobernando la archidiócesis bajo ese criterio. El criterio para toda la actividad pública, para todo lo que se dice, puede regirse únicamente bajo ese criterio: ¿es bueno para mi imagen? Al final, se puede creer con toda sinceridad que lo mejor para la propia fama es lo mejor para la Iglesia. Se acaba identificando el bien propio con el de la Iglesia.

Hay que buscar la santidad y la justicia. Hay que abominar ser bien considerado. Ojalá que todos me consideren el más inepto de los purpurados, debe uno desear con sinceridad. Señor, no sólo que no desee la gloria, sino que desee ser despreciado.

El trabajo

El orden en el horario de un cardenal es todavía más importante que en el de un obispo. Un cardenal agobiado no da gloria a Dios. Si estás agobiado, es por falta de orden. Recuérdalo, nunca es el trabajo lo que agobia, es la falta de paz al

realizarlo. No es el trabajo el que oprime, sino la tensión con que se haga. A veces la tensión es producto de la falta de orden. El horario de un purpurado debe ser un ejemplo de orden: tiempo para la oración, tiempo para el trabajo, tiempo para el descanso.

No importa el trabajo que tengas, nunca debes sentirte ni acelerado, ni con la permanente sensación de falta de tiempo. Debes disfrutar con tu trabajo. El trabajo tiene que ser una fuente de satisfacción, de felicidad. Estás haciendo en la vida, lo que has deseado hacer. Nadie te ha obligado, así que disfruta de esa labor.

Cuando entramos a un restaurante o una cafetería, todos notan cuando un camarero disfruta con su trabajo o no. Lo mismo sucede a todos los niveles. Lo mismo sucede con los cardenales. ¡He recibido esta mañana a treinta personas a distintas horas!, puede afirmar un purpurado orgulloso de su capacidad de trabajo. Sí, has recibido a mucha gente. ¿Pero realmente esas personas se han sentido acogidas? ¿El trabajo ha sido útil o ha consistido en un mero recibir a gente? A veces, recibir a alguien tiene utilidad. A veces, sólo sirve para remover asuntos de los que, en realidad, tienen que encargarse otras personas o departamentos. No se puede pretender resolver en diez minutos, escuchando a una de las partes, asuntos que deben ser considerados con mucha más calma y escuchando a más personas.

Los obispos, arzobispos y cardenales son muy dados a decisiones sumarias. Decisiones que los subordinados tendrán que acatar. Acatamiento a sabiendas de que los prelados no son dados a rectificar sus decisiones. Y mucho menos si ya le han dado la razón a la visita.

Un cardenal usualmente tendrá colaboradores, por lo menos tan inteligentes como él. Alguno de ellos podrá evaluar su trabajo con toda sinceridad. Incluso se puede pedir a todos que, por caridad, en privado, le digan los fallos que observen. Esa

humildad de pedir cada cierto tiempo que le adviertan de los defectos, no sólo no mermará su autoridad ante los subordinados, sino que la aumentará.

Además, hay que considerar que parte de tu trabajo es gobernar, parte de tu trabajo es ritual. Debes amar la parte ritual de tu trabajo. Tienes unas tareas sacerdotales que no son merma de tu labor, sino parte inherente de él. Hay cardenales que preferirían dedicarse sólo a sus libros o a su labor de gobierno. Pero Dios lo hace todo bien. Y Él ha querido que todo cardenal tenga que dedicar parte de su tiempo a ejercer esas labores estrictamente sacerdotales, bien sean éstas culturales o sacramentales.

La vida espiritual

Debes reservar un tiempo para Dios: oración mental, lectura de la Biblia, adoración del Santísimo Sacramento, rosario, lectura de libros espirituales, retiros anuales. Algunos clérigos ejemplares incluso dedican una mañana de retiro mensual. En cualquier caso, el horario diario de un cardenal debe fijar con precisión los tiempos reservados para Dios. Si en el seminario se enseña que un seminarista conviene que dedique una hora a la oración mental, qué menos que ese tiempo para un príncipe de la Iglesia. Qué menos que una hora diaria de meditación. Desde luego, el cardenal que no dedique ese tiempo a la oración personal, significa que confía más en su trabajo que en la acción de Dios.

Uno puede engañarse para quitar tiempo para Dios, alegando que ya dedica mucho tiempo a presidir misas, procesiones, confirmaciones y actos similares. ¿Pero nos

imaginamos cómo andaría la vida espiritual de uno de los Doce Apóstoles que nunca se reuniera a solas con Jesús para hablar? Un Apóstol al que le hubieran bastado las predicaciones públicas de su Maestro, manifestando un completo desinterés en hablar a solas con Él.

Los actos litúrgicos están bien, pero no suplen la oración personal. El que hace oración personal, orará también en la liturgia. Pero el que no desea estar a solas con Jesús, se distraerá incluso en la liturgia. Tampoco el rezo del breviario suple la oración personal. En los monasterios, los monjes repiten esta máxima: *el monje que sólo ora en el coro, ni en el coro ora*. Tampoco la lectura de libros de teología suple la lectura espiritual. Una es la lectura que se hace para instruir la mente, y otra la que se hace como alimento del alma.

Si escatimas ese tiempo a Jesús, créeme: hasta los niños te adelantarán en el conocimiento de Dios y en la luz de la que dispondrán en su corazón para tomar las decisiones. La gente percibirá que eres un hombre como los demás, con sus mismas debilidades, impaciencias y defectos. Y peor todavía si descubren ni siquiera eres un hombre como los demás, sino un pobre hombre, un hombre con más llagas que un esforzado y honesto padre de familia. La gente ve las cosas, pero no te las dirá. Se darán cuenta perfectamente. Vaya que si se dan cuenta.

Hasta los ateos se dan cuenta cuando tienen ante sí a un hombre espiritual, y cuando tienen a un hombre débil y mundano, por muy obispo, arzobispo o cardenal que sea. La presencia del espíritu se percibe, el estar rodeado del Espíritu es como una luz invisible. No caigas en la tentación de pensar que lo que importa es tu trabajo, tus reuniones, tus papeles, tus (según tú) preciosos documentos, cartas o libros. Todo lo que haces vale lo que vale tu vida espiritual. El Reino que construyes es espíritu. Ay de ti si

llegas a creer que se edificará con inteligencia y dotes personales. Las cosas de la tierra, sí que se construyen al modo de las cosas de la de este mundo. Pero el Reino de Dios es espíritu y se levanta con las armas del espíritu.

Algunos prelados después de desentenderse del todo de la oración y la vida espiritual, son muy dados a creer que están dotados de una gracia inherente a su cargo que les confiere luces especiales. Después de no poner ningún medio por su parte, hay quien se enorgullece de estar dotado de la gracia de estado. Es cierto que a quien pone los medios, Dios le puede conceder gracias de estado especiales para comprender mejor y juzgar rectamente. Pero quede claro que las decisiones de la jerarquía eclesiástica normalmente se toman a través de las potencias naturales de las que están dotados. Sólo los prelados más espirituales, en la medida en que se hayan santificado más, tomarán decisiones más impregnadas de iluminaciones sobrenaturales.

La lengua

Siempre resulta penoso ver a un obispo que habla mal de algún sacerdote, no por necesidad, sino por el placer de la murmuración. Si eso es tan feo en un obispo, en un cardenal resultaría peor. Jamás hay que hablar más del nadie, salvo que sea necesario por el oficio o para advertir. Siempre queda claro cuando un prelado habla mal porque se goza de contar cosas malas y de que se las cuenten. El chismorreo, el cotilleo, debe ser ajeno de la lengua de un cardenal. A veces, habrá que poner en conocimiento de otra persona algo negativo de un clérigo. Pero

tiene que hacerse tal cosa con dolor, y únicamente porque es necesario.

La lengua puede ser una gran fuente de pecados para un purpurado. Son muy de temer las sobremesas de las cenas entre monseñores y obispos. Hay que hacer propósito de contar sólo cosas de edifiquen, que diviertan, pero no nada que entristeciera al prójimo del que hablamos. Cuantas veces actuamos con el prójimo como los que asaltaron al viajero de la Parábola del Buen Samaritano. Cuántas veces al que realiza el viaje de la vida lo golpeamos con piedras hechas de palabras. Si nos escuchara, quedará herido en el camino de la vida. Menos mal que el prójimo no nos escucha. Pero lo que decimos tiene consecuencias. Hiriendo al criticado, o al menos manchando las almas de los que murmuran. Si otros critican, el cardenal debe callar. Sólo debe pedir más detalles, si por su trabajo conviene que esté informado de lo que se le cuenta.

Nadie como vosotros, los purpurados, tenéis la tentación de ver al Papa de un modo exclusivamente humano. Precisamente, la cercanía os lleva a esa tentación que debéis superar. No debéis ser serviles, Dios no quiere eso. Pero tampoco quiere que murmuréis internamente acerca de él. Parecen dos extremos, pero tantas veces el más servil es el que más murmura internamente. Debéis ser dignos, incluso ante el Santo Padre.

La predicación

Prepara bien tus sermones. Muchos grandes eclesiásticos no preparan sus sermones porque piensan: *He dado miles de sermones. De mi mente puedo sacar material para el resto de mi vida. En mis silos tengo grano para sacar trigo toda mi vida. Si*

haces así, te repetirás, siempre te repetirás, y dirás las mismas obviedades que todo el mundo ha escuchado mil veces. La gente espera de la más alta jerarquía de la Iglesia que su boca sea un pozo de sabiduría, no una caja de lugares comunes. Por favor, prepara concienzudamente tus sermones. He visto tantas veces a altos prelados dar por supuesto que ellos no necesitaban ya preparar los sermones, sin ser conscientes de que en el plano objetivo sus homilías no valían nada.

En el colegio romano donde yo vivía cuando estudiaba mi doctorado, venían los cardenales a predicar en fechas muy señaladas. Al acabar la misa, todos les daban los parabienes. *Qué gran sermón, muy bien, muy bien, magnífico*. Pero después, en la cena, con breves palabras los presbíteros hacían comentarios que, aunque llenos de caridad, reflejaban unánimemente la pobre opinión acerca del sermón del predicador. Y eso que el cardenal en cuestión, escuchando los elogios al acabar, casi sin poder disimular una sonrisa de satisfacción, podría haber dicho: *Yo, cuando predico... improviso*.

Y así, de predicación en predicación, uno cree que va de victoria en victoria. Qué impagable es tener cerca de uno mismo a alguien que te diga la verdad, con crueldad, la verdad sin diplomacia. O se nos dicen las cosas sin diplomacia, o si no, no nos enteramos. Somos así de crédulos respecto a la alabanza. Somos los últimos en sospechar nuestros defectos. Todos se dan cuenta antes que nosotros.

Además, o el predicador expresa en su homilía la novedad de lo que ha descubierto él mismo al meditar esos textos sagrados, o si no refleja el aburrimiento de volver a repetir lo que ya ha repetido cien veces. En ocasiones, el predicador es consciente de estar repitiendo palabra por palabra algunas de sus propias frases. Cuando te ocurre eso, tómalo como una señal de alarma.

Existe un placer en exponer a los hermanos lo que uno ha descubierto en la vida espiritual o en la vida intelectual. Ese placer se transmite sin querer. Pero por más pasión que uno ponga en repetir las mismas cosas, esa pasión suena a mera vehemencia de las palabras, a mero esfuerzo humano. Porque, eso sí, algunos predicadores intentan suplir lo que he dicho, con entusiasmo en la pronunciación de su sermón: tronando, haciendo gestos con la cara, moviendo los brazos con energía. Eso nunca funciona. Se nota a la legua que es un *refrito*, es decir, un plato sacado del congelador de la memoria y recalentado. ¿Notamos en una casa cuándo la comida está recién hecha y cocinada con amor, y cuándo la comida está puesta al microondas? ¿Por qué pensamos que no se nota eso en una predicación?

Esto de los platos recalentados vale para los cardenales. Porque algunos purpurados piensan que, al ser cardenales, no se les aplican las reglas generales. Los fieles y el clero esperan mucho de la predicación de un purpurado. La *lectio* es la fuente de donde se sacan materiales para erigir esas bellas construcciones que son las homilías.

Qué importante es la lectura orante. La lectura de libros espirituales, de clásicos, de los Padres de la Iglesia, de los santos. Recuerda lo que dice el rey profeta: *Con conocimiento se llenan las estancias de objetos valiosos y confortables* (Prov 24, 4). Llena tu alma de esos tesoros. Que no sólo son valiosos, sino que harán tu vida más llena del placer de hacer la voluntad de Dios.

Y recuerda, cardenal, lo que dice el rey Salomón en el versículo siguiente: *Más vale sabio que fuerte* (Prov 24, 5). Es decir, más vale la sabiduría de Dios que anide en tu alma, que no toda tu inteligencia, tus estudios, tu supuesto saber gobernar.

Por esto y por muchas más cosas, todo cardenal debería tener una persona cuya función consistiese en decirle todo lo malo

que viera de él en cualquier campo. Eminencia, cuando come, hace en ocasiones ruido al tomar la sopa. Eminencia, cuando estamos varios reunidos, sólo habla usted. Eminencia, llega tarde a los sitios, hace esperar a las visitas, cada vez se enfada más, tiene un alto concepto de sí mismo, se acuesta cada día a una hora distinta porque se queda en el ordenador, ha sido muy descortés con esa persona, hoy ha bebido demasiado al visitar a esa familia. Eminencia, su amor a Dios se ha enfriado.

Esta figura del clérigo corrector no se identifica necesariamente con la del director espiritual. Pues el corrector debe hallarse en el entorno del cardenal. Es decir, debe ser o su secretario, o alguien que trabaje en el mismo dicasterio, o en un puesto diocesano cercano al arzobispo, o que viva en la misma casa. Porque el director espiritual en el confesonario sólo sabe lo que le decimos. Mientras que la figura del corrector debe pulular a nuestro alrededor, al menos de vez en cuando, para advertirnos acerca de los defectos que no sospechamos.

Es muy importante que el que nos corrige, trabaje donde nosotros trabajamos. Porque nos tiene que ver en nuestro trabajo de oficina, en nuestras reuniones. No basta que nos acompañe sólo a las misas o en algunas circunstancias. Al corrector hay que ponerlo en un puesto donde nos tenga ante su vista todo lo que sea posible, aunque después su puesto curial sea humilde.

El corrector es una pieza que yo diría que resulta de las más esenciales para la vida y trabajo de un cardenal. Debiendo ser una persona de gran vida espiritual y de notable finura humana. Pues muchas de las correcciones serán no espirituales, sino humanas. El corrector debe ser intrépido. Desde el primer día que entre a su servicio, el cardenal debe insistirle en que su deseo es que no sea diplomático, sino brutal. Alguien capaz de decirle sin pestañear:

eminencia, le huele el aliento. El servicio del corrector precisamente es no ser servil, no quedar bien, sino ser duro.

La corrección a los otros

Nunca jamás hay que humillar a un clérigo delante de otra persona presente; jamás. Quien humilla a otra persona en público, será humillado él mismo algún día. Las correcciones se hacen en privado. Incluso en privado, ten mucho cuidado cuando riñas a alguien. No sea que cuando te presentes ante el Juez Inapelable, llores viendo que lo que creías que era celo tuyo, no era más que mal genio.

Recuerda cuando eras un simple sacerdote, cuántas veces observaste que era el superior el que se equivocaba al reprochar algo a un subordinado. ¿Por qué ahora piensas que siempre eres tú el que no te equivocas? Te lo repito, ten mucho cuidado cuando corrijas a alguien. Y si el asunto es indudable, amonéstalo con toda la caridad y tacto que te sea posible. Amonéstalo como lo haría el padre de la Parábola del Hijo Pródigo. Recuerda que son seres humanos que han entregado su vida al servicio de Cristo, que están trabajando no por dinero, sino por pura generosidad. ¿Y si son presbíteros inexcusables? Razón de más para ser más cuidadoso con un sacerdote cuya alma está enferma. Al enfermo hay que tratarlo con más cuidado, con más tacto, con más amor.

Es cierto que para ciertos casos, al final, hay deber de ser duros. Pues ha sido puesto por Dios en ese puesto no sólo *para edificar y plantar* (Jer 1, 10) sino también *para arrancar y destruir* (Jer 1, 10). Sí, hay ocasiones en que con todo el dolor del

alma, hay que ser duro. Pero los obispos con mal carácter se acogen a esto para excusarse a sí mismos.

Aun así, a veces, hay que ser tajante y férreo. De un obispo se decía que su lema episcopal debería haber sido: *no me molestéis y no os molestaré*. El *laissez faire* destruye las iglesias de Dios. Pero únicamente cuando se ha intentado por todos los medios ganar a la persona con la bondad, es cuando se puede ser duro.

Otro obispo creía ser muy justo en sus riñas. Se tenía a sí mismo como ejemplo de obispo que denunciaba lo incorrecto. Lo que él desconocía, era que todos a su alrededor estaban de acuerdo en que sus reprimendas eran meras vías para desahogar su mal carácter. Daba verdadera pena ver a ese prelado haciendo sufrir a los clérigos que dependían de él. ¡Y él estaba convencido de estar haciendo el trabajo encomendado por Dios! Qué necesidad tan grande hay que tener un santo que nos diga la verdad, como el profeta Samuel al rey David. Examinarse no basta. Tantas veces uno no ve sus propios defectos.

De lo dicho se desprenden tres deberes: el deber de ser amoroso (la Iglesia no es una empresa), el deber de ser duro en algunas pocas ocasiones, y el deber de pensar que uno puede equivocarse. Repasa la vida de los santos, cuántas veces un cardenal les hizo la vida imposible. Ahora no es de forma diversa, ni mucho menos. Los prelados deben ser escrupulosos a la hora de juzgar. Pues resulta más frecuente de lo que uno piensa, atacar al que sólo busca hacer la voluntad de Dios, aplastar los frutos del Espíritu. Juzgar, prohibir, cerrar caminos, son cosas que hay que hacer tras mucha reflexión. Si te equivocas, tú darás cuenta ante Dios.

La Curia Romana

El Corazón de la Iglesia



Pedro ejerció las funciones de cabeza del grupo de los Apóstoles de un modo extremadamente sencillo. Irrepetible simplicidad la de aquellos benditos tiempos. Pero la Iglesia se ha hecho grande, ha crecido para la gloria de Dios. Ha crecido y se ha desarrollado como, sin duda, estaba previsto por Jesús cuando hablaba con aquel pequeño grupo de galileos caminando por los caminos de Judea. Ese crecimiento no es una desviación del plan original, sino que es el triunfo de los designios de Dios. Pero en una Iglesia extensa que llena el Orbe, el Obispo de Roma, cabeza del Colegio de los Obispos, no puede encargarse de todo directamente. Eso ahora es evidente, pero ya desde el principio de la Historia de la Iglesia, resultó inevitable delegar.

De ahí que el Papa gobierna la Iglesia a través de la Curia Romana. Por eso podemos decir que, en cierto modo, eso que llamamos de forma genérica el Vaticano es la cabeza de la Iglesia. Pues la Curia forma una unidad con la persona del Papa. Podríamos decir que, en cierto modo, la Santa Sede es una extensión de la persona del Obispo de Roma. Es decir, el gobierno del Santo Padre se concreta en la labor de la Santa Sede.

El Santo Padre es sólo uno, la persona del Papa. Pero el Obispo de Roma y la Santa Sede forman una unidad. Unidad accidental, pero verdadera unidad. Sólo goza de una unidad sustancial la persona del Obispo de Roma. Pero la otra unidad,

aunque accidental, no sólo es verdadera, sino necesaria. El Santo Padre necesita de la Santa Sede para gobernar, ya que necesita delegar para ejercer un verdadero gobierno. Por lo tanto, reparad en esto, una y otra vez, todos aquellos que trabajáis en la Curia, cual es la insuperable dignidad de vuestra misión.

La gente común se refiere a la Santa Sede como *el Vaticano*. No sólo no es incorrecto, sino que yo mismo usaré esa palabra a veces. Pues aunque el Vaticano incluye cosas como museos, jardines, la Guardia Suiza, palacios apostólicos y tantas otras cosas materiales, lo cierto es que no sólo es el entorno de la Santa Sede. Sino que me atrevería a decir que todo ese conjunto es como la corporalidad del alma de la Santa Sede, que son las personas que la integran. El alma de la Santa Sede son las personas que trabajan en ella. El Estado Vaticano, las congregaciones y otros elementos materiales son como la bella corporalidad a la que los otros le dan vida.

Por supuesto que esta comparación es sólo una comparación, ya que no existe la unión sustancial que se da en un ser humano entre cuerpo y alma. Pero del mismo modo que la mayoría de los teólogos consideran que la corporalidad de la Virgen María en la tierra, era bellísima. Así también la parte “corporal” de ese misterio eclesial que es la Santa Sede, es bellísima también.

Se puede ver a la Santa Sede únicamente con la perspectiva prosaica de un conjunto de personas trabajando, como un cierto número de oficinas necesarias y ya está. O se puede ver desde la perspectiva de una unidad. Entender a la Santa Sede como una unión de alma y cuerpo, ayuda a valorar de un modo nuevo el entorno en el que está ubicada. Ese entorno lejos de ser un escándalo al pobre Jesús de Nazaret, sería la consecuencia del

misterio allí ubicado. El misterio eclesiológico de la Santa Sede que se desborda (como era lógico) en una bellísima corporalidad.

¿La Santa Sede sería un cuerpo dentro del cuerpo de la Iglesia? Estrictamente hablando hay un solo cuerpo, el Cuerpo de la Iglesia. El resto de realidades podríamos decir que son órganos. Pero también es verdad que existe un paralelismo entre el concepto universal de Cuerpo Místico y el más reducido de Santa Sede. Es decir, si la Santa Sede es la cabeza de la Iglesia, en virtud de esa unión accidental entre la persona del Obispo de Roma y sus dicasterios. De manera que los que trabajan en la Santa Sede son como el cuerpo místico de esa cabeza. Si la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, la Curia Romana es, algo así, como el pequeño Cuerpo Místico del Sucesor de Pedro.

La Curia Romana es realmente cabeza porque la función de la cabeza es reflexionar y tomar decisiones. Decisiones que fluyen hacia toda la Iglesia Universal. Las disposiciones que se toman en esos despachos y salas de reuniones, llegan hasta el último rincón del Cuerpo Místico en la tierra.

Otros miembros del Cuerpo Místico se encargan de evangelizar a los que aún no han escuchado el Evangelio, otros se encargan de cuidar de los enfermos, otros de orar en monasterios por el bien de los creyentes y no creyentes, otros de cultivar la sagrada teología. Vosotros los curiales os encargáis de reflexionar, de organizar, de coordinar, de corregir abusos.

Un párroco cualquiera toma una decisión, y esa decisión influye en su parroquia. El obispo toma una decisión, y esa decisión influye en su diócesis. El Vaticano es el único lugar del mundo donde se puede influir en todas partes. El único lugar donde se tiene una jurisdicción espiritual sobre todo el Cuerpo Místico.

El autor de estas líneas tiene muy claro que los obispos no son delegados del Papa, sino verdaderos pastores de sus diócesis. Tengo muy claro que la jerarquía de la Iglesia es muy distinta a la que puede haber en un ejército, cuyas órdenes se transmiten de arriba abajo siguiendo un escalafón en el que cada rango superior manda sobre el rango inferior. En la Iglesia de Dios las cosas no son así. Pero por muy claras que se tengan esas diferencias entre el mundo y la Iglesia, por muy claro que se tenga la naturaleza *sui generis* de la autoridad en el seno de la Iglesia, hay que reconocer que la autoridad que ejerce la Santa Sede es una autoridad sobre toda autoridad, una jurisdicción sobre toda jurisdicción. La autoridad no se ejerce como en las realidades temporales, pero se trata de una verdadera autoridad.

Esa primacía que no es un mero fruto humano del devenir histórico, sino que proviene de la voluntad de Nuestro Señor Jesucristo. El Maestro quiso que hubiera una sede sobre todas las sedes. De ahí que aunque el Obispo de Roma sea sacramentalmente un obispo, eclesiológicamente qué duda cabe de que es un *episcopus episcoporum*, un supervisor de supervisores, por usar su significado originario.

Teniendo, por tanto, en cuenta que tal primacía de la Sede Romana era la voluntad de Cristo, vosotros curiales haceos conscientes de dónde trabajáis. Recordaos todos los días al comenzar la jornada, la elección divina que supone trabajar allí, aunque sea en el más humilde de los puestos. Es un honor estar en ese lugar, en el centro espiritual de la Santa Iglesia de Cristo. Pues el Reino de los Cielos sobre la tierra posee un centro espiritual en el que convergen todas las líneas, un centro del que parten las ramificaciones, y ese centro es la Santa Sede.

No debéis desanimaros al pensar con fastidio: yo me dedico únicamente a rellenar papeles, informes, estadísticas, a organizar

el archivo de la congregación. Pues vosotros formáis una unidad con la *Caput Ecclesiae*. Y la cabeza de cualquier organismo está compuesta de muchas células. La labor de una sola célula puede, en verdad, ser insignificante. Pero unidas todas ellas forman un conjunto. Y es el conjunto el que realiza la función, aunque tú te limites a realizar estadísticas o a organizar un archivo.

Cread buen ambiente entre los que trabajáis en la Curia. Que vuestro comportamiento no se limite a ser correcto, tratad de ser amigos entre vosotros. Esfuércese el prefecto en que los clérigos que trabajen con él, formen un grupo de amigos, una familia. Que el dicasterio no sea una mera acumulación de individuos.

Para ello promuévase todo lo que cree lazos humanos: excursiones, comidas, rezos en común, charlas entre amigos discutiendo de lo divino y de lo humano mientras se toma un té con pastas o un café con unos *cannoli*. No se tenga escrúpulo por emplear algo del tiempo del trabajo para crear esta unidad humana, porque será un tiempo bien empleado. Si algunas de estas actividades se realizaran sacándolas del tiempo libre, algunos se quejarían y con razón. Resulta una buena inversión invertir algo de tiempo de trabajo en este aspecto humano. No tenga en ello escrúpulos el prefecto, porque así evitará problemas mucho más graves. Problemas que provienen del aspecto humano de esos trabajadores de Cristo. Los cuáles deberían ser personas transformadas por la gracia de Cristo, pero que, muchas veces, mantienen una visión meramente humana de las cosas, dejándose llevar de antipatías y aversiones.

Sería deseable que los trabajadores de una congregación viviesen en un mismo edificio. En apartamentos distintos, sí, pero en un mismo edificio. Para facilitar al máximo el que se creen relaciones de amistad. Para que la unión no sea sólo la del trabajo,

sino también la de la vida en general. De ningún modo hay que ser invasivos en este afán. Siempre habrá que respetar el legítimo deseo de independencia que cada uno quiera mantener. Pero nadie que trabaje en el Vaticano debería sentirse solo finalizada su jornada en la oficina. Por eso, desde la más estricta defensa de la independencia, lo ideal es que cada dicasterio formase con sus clérigos un verdadero *corpus*. Lo cual ayudaría al trabajo y a la vida personal de cada uno de sus integrantes, en el descanso y en la vida espiritual.

Por supuesto que los que son religiosos, lo normal será que vivan en sus comunidades. Pero los sacerdotes diocesanos y los laicos consagrados fácilmente estrecharán lazos de amistad si se les da la posibilidad de convivir en un edificio. En un edificio que ofrezca sensación de calor familiar, que no ofrezca sensación de decrepitud. Si el edificio en el que viven los curiales es feo, oscuro y materialmente se cae a trozos, eso tiene una influencia psicológica en los que trabajan en el Vaticano. No hay que confundir austeridad en lo material con dejadez y miseria.

Si se logra esto, el Vaticano no sería sólo un lugar de trabajo, tendría algo de familia, un lugar acogedor en lo humano. Los curiales con las decisiones que toman, ejercen una influencia grandísima en el resto de la Iglesia. Cuando verdaderamente conoces a alguien bien, es cuando vives con él. En las horas de trabajo, uno puede mostrar una cara, una faceta pública. Pero cuando vives un par de años con alguien bajo el mismo techo, aunque en apartamentos independientes, conoces su vida y milagros hasta el más pequeño detalle.

Lo dicho no obsta para que se haga lo posible para que cada curial tenga una habitación verdaderamente amplia y cómoda. Una habitación pequeña y estrecha crea una inconsciente sensación de agobio personal. La vida común de las residencias

de curiales debe ser vista como una agradable posibilidad que a uno se le ofrece donde uno reside. No debe ser percibida como una pérdida de libertad, ni como un modo de control. Habitaciones amplias y cómodas deben ofrecer un espacio de independencia, de intimidad. Un lugar donde poder retirarse con agrado, porque sea un lugar visualmente agradable.

El lugar donde uno vive tiene más importancia de lo que parece, para aquellos que trabajan en la Curia. Pues ya el lugar puede ofrecer una sensación humana y plácida de la vida. Mientras que basta el lugar para tener una sensación desangelada, de abandono, de que falta una familia.

En el Vaticano debe darse al tema de las residencias sacerdotales, la importancia que tiene. Porque un párroco normalmente tiene a sus feligreses que se convierten en su familia, y un religioso tiene su comunidad. Pero el sacerdote diocesano que trabaja en la Curia, fácilmente puede sentirse solo.

La carrera eclesiástica

No hay que buscar ser promovido. El que entra en un dicasterio, debe repetirse, de tanto en tanto, que será plenamente feliz, aunque permanezca en ese puesto toda la vida. Debe repetirse que si sucediese algún día que recibiera la notificación de que abandona el Vaticano y es remitido de nuevo a su diócesis, si eso sucediera, recibiría tal noticia con indiferencia ignaciana, porque su corazón debe estar centrado en Cristo. Al recibir la noticia debe decirle a Dios:

Señor, te doy gracias por los años que me has permitido trabajar aquí, pero ahora te doy gracias por enviarme Tú a otro lugar. A Roma me enviaste, y ahora Tú me esperas donde me envías. Fui feliz aquí, seré feliz donde voy.

Ése debe ser el espíritu. Aferrarse, sería aferrarse a lo humano. Nos hemos entregado a Dios. El Vaticano sólo es un medio. Después de haber cantado en estas líneas el privilegio que supone trabajar en la Santa Sede, hay que estar dispuesto a desnudarse de ello. Si uno se llenase de desaliento, de tristeza y dijese que no valía la pena continuar, con razón se le podría preguntar si él seguía a Jesús o al Vaticano. ¿Sirves a Dios o al Vaticano? ¿Buscas el Misterio insondable de Dios o buscabas sólo servir en estas oficinas?

Hay que hacer las cosas bien, y después recibir con la misma alegría un ascenso que un despido. Cuando se logra ese desasimiento, se ha alcanzado la perfección en este campo de la carrera eclesiástica. Carrera ésta que no existe. No hay ninguna carrera, no hay ninguna competición. Sólo hay servidores de Cristo que trabajan cada uno en su pequeña parcela encomendada. El oficial de Curia más fiel y sabio puede quedarse en la misma mesa de trabajo toda su vida.

Recuerda, no estás allí por tus cualidades, aunque estés convencido de ello. Estás allí, porque Dios te ha puesto en ese lugar. Ha sido la voluntad de Dios, no tus cualidades, aunque lo creas así. Y del mismo modo que el Altísimo te ha puesto allí cuando ha querido, te puede sacar cuando quiera. Tienes que reconocer ese derecho a Dios. No puedes exigirle nada. Y con todas tus cualidades humanas de ciencia, trabajo y don de gentes, puedes verte de nuevo en tu diócesis en el plazo de unas pocas semanas. De hecho, por más contentos que estén todos contigo, si

caes gravemente enfermo, con todas tus capacidades te puedes ver apartado de tu trabajo de forma definitiva.

Si se te pide que vuelvas a tu diócesis, tú verás la razón humana: la pobre consideración que tenía de ti un superior, una denuncia falsa, rumores que circulaban. Pero detrás de la razón humana está Dios. Nadie entra en el Vaticano y nadie sale, si la voluntad del Omnipotente que dirige todos los caminos de los hombres, no lo permite. Eso vale para el Vaticano y para cualquier destino dentro de la Iglesia. *No tendrías ese poder sobre mí, si no te hubiera sido concedido de lo alto*, le dirá Jesús a Pilatos. Desde el momento en que existe un Ser Infinito en el universo, no cae ni una sola una hoja al suelo sin que Dios así lo quiera.

Dada la gran dignidad del honor que se te ha hecho de trabajar allí, sé digno. Nunca hables mal de nadie. Que nunca en las congregaciones se creen grupos de murmuración. Que mires a todos con la mirada cándida de un novicio recién entrado a su monasterio. Ojalá que siempre tuviésemos esa mirada candorosa e ingenua del seminarista en el primer día que ingresó por la puerta del seminario con las maletas en la mano. Trabajar en la Curia ofrece la tentación del chismorreo. Si otros cotillean, tú calla, escucha y ora por aquellos a los que se critica. Si alguno trata de tirarte de la lengua, responde: *Dios es el único que sabe*.

No temas ofender a nadie por tu silencio. Tu silencio cuando otros critiquen, será apreciado como una virtud incluso por aquellos que en ese momento se sientan incómodos por el hecho de que tú no reveles tu pensamiento. Tú siempre si te ponen entre la espada y la pared, déjales claro que no callas por cálculo, ni por amistad al criticado, ni porque tengas buen o mal concepto de él, sino porque hiciste propósito de no hablar mal del prójimo.

Ante un cura de mi diócesis que siempre me tiraba de la lengua con gracejo, pero con insistencia, yo finalmente le tenía que decir: *calla, no quiero tener que ir a confesarme mañana.*

Ni que decir tiene que habrá veces, en las que tu labor en la Curia, la obligación de advertir a alguien o de poner remedio, te obligarán a hablar de los defectos de alguien. Pero hazlo sólo cuando veas que tal cosa es objetivamente conveniente. Pero qué distinto es el tono del clérigo que muy a su pesar tiene que informar de algo que sabe, al tono del que se deleita en hacer daño con las palabras. Cómo se nota cuando uno disfruta con ello. Cómo se nota, peor todavía, cuando las palabras vienen acompañadas de resentimiento. Haya sido cual haya sido tu conducta en el pasado, haz el propósito de mantener tu lengua limpia a partir de ahora.

Trata a todos con amabilidad. No trates de un modo a los obispos, y de otro modo a los fieles y sacerdotes. Sé siempre sincero con tus superiores. No les digas lo que ellos quieren oír. Habla sin hacer cálculos mentales. Esfuérate porque tu palabra sea expresión de tu corazón. La doblez y el fingimiento son cosas que reprueba Dios. Y recuerda que tu ascenso en la Curia está en manos no de los superiores, sino de Dios. El Altísimo es el Superior de los superiores, y Él está presente cuando dices algo. ¿Por qué querer agradar a un superior, cuando allí está Dios? El servilismo no lo quiere Dios. Di lo que piensas con corazón sincero, y que después tus superiores piensen lo que quieran.

Resulta fácil esto cuando no hay ambición en el corazón. Pero qué tarea tan imposible, cuando uno espera algo, cuando hay anhelos en el alma. Anhelos que no son de Dios, sino de brillos humanos. Entonces ya no se busca a Dios con nuestras obras.

Sino que buscamos ser vistos, ser conocidos, ser admirados, convertirnos en ídolos.

En ocasiones tendrás la tentación de pensar: *Si le digo esto, va a llegar a la conclusión de que siempre me estoy quejando. Más vale que me calle.* Por el contrario, esfuézzate en quedar mal ante el superior. Así sabrás que estás allí sólo buscando el servicio a Jesús, y no tu propio servicio. Algunos se sirven a sí mismos sirviendo a Dios. Servir a la propia carrera, para servir mejor a Dios; magnífica mentira de Satanás.

Hacer carrera, qué espejismo, qué mentira, qué desilusión, qué pérdida de una vida entera. Eso sí que es haber errado el camino de seguimiento de Jesús de Nazaret, pobre y sencillo. Tú debes desear ser pequeño. Ojalá se olviden de mí, no me tengan en cuenta, y otros más dignos sean colocados en puestos más visibles. Si entre tus compañeros, llegas a la sincera conclusión de que tú eres el más digno, pide a Dios que venga gente de fuera más digna que tú. Pero desea siempre que sean otros los que ocupen los puestos que te atraen.

Si te atrajera un determinado puesto porque conlleva más cruz, sería una santa atracción que viene del Espíritu Santo. Pero normalmente nos atraen los puestos de mayor honor, de mayor brillo, de mayor notoriedad. Somos limaduras, pequeñas limaduras, frente al gran imán del honor. Nos engañamos diciendo que somos insensibles a esa atracción. Pero debemos luchar contra ella, jamás ceder a ella. Si sientes esa atracción, pero luchas con todas tus fuerzas, entonces nada has de temer. Es tu naturaleza humana. Está allí, pero la contienen. No te sientas mal de ver la debilidad ante el honor que todavía anida en tu alma. Pero recuerda que la lujuria del honor es una lujuria como la carnal o la del dinero. No es más espiritual, aunque lo parezca.

Examínate, ¿voy a esta recepción, a esta conferencia, a esta misa, porque me interesa o para quedar bien ante fulano o mengano? Si es así, no vayas. No pierdas el tiempo. Quédate en casa leyendo las Escrituras o delante del Santísimo Sacramento, adorándole, hablando con Él.

Sí, hay que reconocerlo, también existe una vida social eclesiástica. ¡No pierdas el tiempo! Si Cristo quiere que llegues a un puesto, llegarás sin hacerle la pelota a nadie. Pero nunca te engañes pensando el bien tan grande que harás en tal o cual posición. Las dignidades se dan de lo alto. Si tú te mueves para conseguirlas, ya no estás sirviendo al pobre Jesús con corazón puro. Quizá Dios permita que llegues a ese puesto, pero ya no será un don puro. Siempre te quedará la duda de si obtuviste ese cargo, en parte o del todo, por tus intrigas humanas. Qué diferente del que en un gran puesto puede afirmar con profunda paz: yo no busqué nada.

Debes repetirte que no moverás ni un dedo, ni un simple dedo, ni por conseguir el más alto y prestigioso de los puestos vaticanos. Si mueves ese dedo, aunque sea el meñique, ya no estás sirviendo a Dios con desasimiento de las cosas terrenas. ¡Cuánto nos asimos los eclesiásticos a la poca gloria humana que se halla presente en la Iglesia! Cuánto daño les hacen a algunos las vestiduras, los títulos, los anillos y las cruces pectorales. Para algunos es veneno del alma.

Los que trabajan en la Curia deberían ser más ejemplares que el resto de los clérigos, pues están situados en un lugar más visible, donde tanto su luz, como su oscuridad si la hubiere, será más fácilmente vista por todos. Cualquier escándalo de un sacerdote que trabaje allí, manchará más el nombre de la Iglesia que el de otro sacerdote que trabaje en otro puesto.

Si un oficial de la Curia tuviera –Dios no lo quiera- alguna debilidad (alcohol, lujuria, etc) que no ha logrado superar, debe pedir consejo a algún santo sacerdote, para a través de una dirección espiritual salir de esa situación. Nadie debe trabajar en el Vaticano con el alma manchada. Nadie debe albergar tinieblas en su corazón, trabajando en medio de tantos ministros llenos de luz. Déjate penetrar de esa luz que reina en la Santa Sede, permite que la gracia que te rodea entre en tu corazón. Estás rodeado de lugares santificados, de sepulcros de mártires, de reliquias de santos, estás rodeado de personas transformadas por el mensaje de Jesús, abre las puertas de tu corazón para que tú también te beneficies de todo ello, deja que penetre la santidad que te rodea.

Debe hacerte digno de trabajar donde trabajas. No limitarte a repetir con la boca que no eres digno y seguir sin poner los medios para salir de ese vicio. Porque una cosa es un pecado y otra es el vicio. Una cosa es una caída y otra caer continuamente.

Si cualquier cristiano debería hacerse digno de pertenecer a la Iglesia, pues la Iglesia ya de por sí es una cosa santa, cuánto más santidad debería existir en su cabeza. Hay muchas sedes episcopales en el mundo, y todas ellas son algo sagrado, pues sagrado es el oficio del obispo que se ejerce sentado sobre ellas. Pero si son santas las sedes de los obispos, una sola es la sede sagrada por antonomasia. Por eso, siendo todas ellas santas, a únicamente a la sede romana se le llama Santa Sede. Y tú trabajas en ella. Trabajas en lo que es una extensión del gobierno del Santo Padre. No manches algo tan importante, con tus faltas. Porque cuando menos te lo esperes, tu corrupción puede aflorar a la superficie. Manchando una superficie que debería ser límpida por estar ante los ojos de todos, incluso de los no creyentes.

Una cosa es una caída, y otra una situación en la que uno precisa de ayuda. Déjate ayudar. Si servimos a Dios, lo servimos.

No podemos andar cojeando. No podemos ir por el camino de la vida a trancas y barrancas sin disfrutar del seguimiento de Jesús. Si te has entregado, debes disfrutar de esa intimidad con Él. De lo contrario, ni gozarás de las alegrías de esta tierra, ni de los gozos espirituales.

Piensa en los pobres peregrinos que vienen con toda sencillez al Vaticano y lloran de emoción, al entrar en San Pedro del Vaticano. No sabrán ellos mucha teología, pero sí que saben el misterio que allí está presente. Y cuando ellos os ven a vosotros, monseñores que trabajáis en el Vaticano, con qué veneración y admiración os miran. Esa veneración tiene que ser para vosotros una predicación, para exigirnos a vosotros mismos una mejor vida espiritual.

Por el contrario, la prensa cree que la corrupción es el estado general de los que trabajan en el Vaticano. Pero, gracias a Dios, las manzanas podridas son pocas. ¿Por qué quieres ser tú uno de esos pocos? ¿Por qué perseverar en un estado que no produce satisfacción, sino un sabor agrio en la boca? Si eres una de las contadas manzanas podridas, tú mismo estás clavando en tu corazón los clavos que te torturan.

Cuidar de la fe, de los ritos, de los sacerdotes, de los misioneros en tierras lejanas, de la vida en los claustros, preservar a la Iglesia a lo largo y ancho del mundo frente a los poderes seculares, guiar a los obispos, proteger los derechos de los fieles frente a los eclesiásticos, interpretar la ley canónica, amonestar al que hace daño al rebaño, qué bellas labores para vosotros que trabajáis en los dicasterios. A vosotros se os ha encargado de interpretar la ley, de cuidar del culto que se le debe a Dios, de

juzgar a los hombres de Dios, y hasta a sus obispos, tantas y tantas funciones, haceos santos para ejercitar esas funciones como Dios quiere que sean ejercidas.

Son funciones tan importantes que habría que encargárselas a los arcángeles. Pero estáis vosotros en esas oficinas. No ángeles, sino seres de carne hueso. Deberíais ser los arcángeles de la jerarquía eclesiástica.

Vosotros que trabajáis en las oficinas del Vaticano, sufrís más la tentación de no ver a la Iglesia como la ve la pobre ancianita llena de fe en un pequeño pueblo donde cuida de su huerto y sus vacas. Sufrís la tentación de comprender a la Iglesia como algo más reducido, no tan grandioso, más humano. La viejecita sencilla ve en la Iglesia, ante todo, las páginas del Evangelio. Si observa imperfecciones en su párroco, las disculpa con bondad, pues su corazón de creyente está lleno de bondad. Pero tú, monseñor que vistes un fajín morado, tienes la tendencia a ver menos el Evangelio, y más la institución.

Ves más al ser humano, y menos a la persona sagrada que es cada sacerdote. Has perdido los ojos claros de la fe sencilla que nace de un corazón limpio. Lo institucional emborrona todo. Lo humano eclipsa el Misterio Divino. Tú insistirás en que la Iglesia también es humana. Sí, ciertamente. El problema es que tu mente, tu corazón, tus pensamientos, están siempre dando vueltas a lo humano. Cuando al hablar uno critica mucho, entonces no me digas que estás centrado en el Misterio de Dios. La ponzoña que sale de tu boca, se genera en tu corazón. El mal no está fuera, sino dentro. No confíes en lo que ves, pues tus ojos se han vuelto turbios. Los ojos sucios todo lo ven sucio. Curial que todo lo ves mal en la Curia, no es la Curia lo que hay que cambiar, sino tu corazón. Sí que hay que hacer cambios en la Curia, y hay que

empezar por ti. ¿Quieres reformar a la Curia? Pues comienza por ti.

Ciertamente que la Curia debe ser reformada, mejorada, perfeccionada, espiritualizada. Eso requiere ser hecho en todas las épocas. Pero el que todo lo ve mal, el que piensa mal de todos sus compañeros, debe comenzar a reformar la Curia por sí mismo. Empieza por tu corazón. Sólo el hombre puro, en paz, lleno del Espíritu, que ve lo bueno de los demás, podrá realizar la reforma de sus compañeros. El criticador profesional, el Richelieu en pequeño, ése no es el adecuado. Cuántos quieren reformar la Curia, y qué pocos tienen un ánimo sereno para hacerlo y una mente iluminada por Dios para saber qué hay que hacer. Nos sobran clérigos con vocación de reformadores. Pero lo que precisamos es de clérigos que se reformen a sí mismos.

Además, tú todo lo arreglarías sacando la espada, manejando a diestra y siniestra el látigo de cuerdas de Jesús en el Templo. *Ah, si a mí me dejaran*, repites en tu corazón. *A mí no me temblaría la mano*, dices con anhelo, imaginándote ya en un despacho tomando decisiones. Limpia tu corazón y lo verás todo de un modo nuevo, de un modo renovado. *Y vio Dios que todo era bueno*.

Ciertamente existe el pecado. Pero el pecador ve más pecado del que hay. Si te reformas a ti mismo, si te transformas en el Espíritu de Dios, sin duda, seguirás viendo los defectos, las cosas que deben ser mejoradas, pero lo verás desde la paz, desde el amor. Tendrás presentes las cosas divinas a través de las humanas. No como ahora, que viendo lo humano, te olvidas de los misterios divinos que subyacen.

Imagina un buen párroco que atiende con amor a su rebaño, que cuida de sus ovejas. Y que una noche, tras la cena, te confía que le gustaría trabajar en el Vaticano, en lo que sea. No digo yo

que no pueda haber casos en los que Dios dé una vocación especial para trabajar en la Santa Sede. Pero estos son pocos casos, poquísimos. La mayor parte del que pide trabajar en el Vaticano, lo hará bajo el hechizo de la ambición de trabajar en lo alto, de trabajar en algo vistoso. Aunque él mismo no sea plenamente consciente de que no es el servicio lo que le lleva a desear eso, sino el satisfacer los propios gustos. ¿Vas a sacrificar las alegrías de ser pastor de un rebaño, de dar amor y recibir su amor, a cambio de trabajar en un despacho haciendo papeles? En esos casos, uno debe preguntarse: ¿para qué me hice sacerdote? ¿Qué busqué al seguir a Jesús? ¿Trabajar en un despacho?

Por supuesto que el trabajo en un despacho es necesario para la Iglesia. Pero uno sigue a Jesús en el sacerdocio para ser un apóstol, aunque después acabe haciendo labores administrativas. Lo extraño, lo que debe levantar las sospechas, es que uno busca esa labor administrativa en el lugar alto, donde los honores abundan, no en la silenciosa labor administrativa de la propia diócesis. Pues también la propia diócesis requiere de alguien que se dedique a labores administrativas ayudando a los delegados del obispo. Pero, curiosamente, a tal servicio no siente ninguna llamada aquél que ambiciona la labor administrativa del Vaticano. Una labor administrativa no, y la otra sí. Sospechoso.

Frente a esto, es mucho mejor que no sea uno mismo el que busque trabajar para el Vaticano. Es mejor que sean los propios obispos y la misma Santa Sede la que escoja los nombres de aquellos que se incorporen a sus filas. Así se evita tanto la ambición, como las maniobras para llegar a un puesto.

¿Qué pensaríamos de un seminarista que le dijera a su formador, que él no siente mucha vocación a ser párroco, pero sí que siente un gran atractivo por trabajar en el Vaticano? Sería lo mismo que un amigo mío al que le pregunté: *¿Crees que fulano*

tiene vocación al sacerdocio? Su respuesta al momento, sin dudar, fue: *Al sacerdocio no, pero lo sí que siente es una fuerte vocación al episcopado.* Evidentemente, eso era un evidente signo de no tener vocación.

El trabajo en el Vaticano tiene que ser algo sobrevenido, ni buscado, ni ambicionado. No sólo no todos no pueden trabajar en el aspecto organizativo de la Iglesia. Sino que la mayoría deben trabajar en la pastoral. Uno puede caer inconscientemente en el hechizo de los trajes, de los títulos. Puede caer en una codicia que no es material, sino de los cargos eclesiásticos.

No todos pueden ser obispos, no todos pueden trabajar en la curia diocesana y menos en la romana. Si todo el mundo se dedicara a lo organizativo, ¿quién predicaría, quién visitaría enfermos, quien confesaría, quién diría misa en los pueblos, quien supervisaría la catequesis? Pero esos fieles necesitados no le importan al que aspira a los títulos. Sólo le importa el honor. Otros se encargarán, se excusa.

Todo esto lo digo no para los que desean entrar a trabajar en el Vaticano, sino para que los que están dentro rectifiquen la intención, se vigilen a sí mismos y no se confíen de que hacen las cosas por las más nobles razones. Todo este examinar las bajas pasiones en estas páginas, tiene como fin el que cada curial se mire a sí mismo a ver si descubre algún virus dentro de sí. El mal que hay dentro del Vaticano no es mucho, pero debemos cribar nuestras almas en busca de aquello que debe ser desechado sin piedad y con energía.

El Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir. El Vaticano no es un pedestal donde uno se coloca

para ser admirado, sino un lugar donde servir en la oscuridad. Estando tan en alto el Vaticano, tan delante de los ojos de todos, afortunadamente hay muy pocos escándalos, contadísimos. Porque la mayoría de los que trabajan en la Santa Sede son hombres buenos, hombres de Dios, clérigos que se entregaron con corazón indiviso.

El tiempo libre

¿Qué debe hacer un curial al acabar su jornada de trabajo en la Santa Sede? Lo ideal es que logre un equilibrio en la distribución del tiempo entre estos cuatro elementos: oración, trabajo curial, trabajo pastoral y descanso.

Los curiales pueden atender la infinidad de confesonarios repartidos por Roma. El incesante río de turistas siempre requiere de confesores en las iglesias. También puede dedicarse un día a la semana a visitar a los presos, ancianos en sus casas, enfermos en los hospitales, o a hablar a los indigentes que ya son atendidos en algunas casas religiosas. Son muchas las casas llevadas por religiosas que con gusto recibirán la petición de un curial de pasarse por allí de vez en cuando a charlar y hablar con las personas que atienden. Este tipo de acciones no constituyen verdaderas obligaciones, se pueden dejar cuando se quiera, y son como la sal que sazona la vida de alguien dedicado a tareas administrativas.

Otra labor a la que se pueden dedicar los curiales, es a organizar bellas liturgias en las iglesias romanas. Grandes

pontificales como sólo en una ciudad con tanta abundancia de clero es posible organizar. Esas ceremonias grandiosas en el marco de las antiguas basílicas constituyen un verdadero apostolado. Sería una gran servicio organizar una de estas ceremonias magnificentes una vez a la semana.

A veces, en vez de una misa, varios curiales podrán ponerse de acuerdo para ofrecer a Dios unas vísperas solemnes, u otra hora canónica, en alguna iglesia con gran afluencia de turistas. La iglesia barroca, los cantos, el incienso, serán no sólo una glorificación del Nombre de Dios, sino un acto de verdadero apostolado. De todas maneras, conviene que un curial no se dedique en su tiempo libre a participar en actos de culto y no dedique nada de tiempo a la caridad o a la atención pastoral. Sería empobrecedor que la vida de un curial no tuviese ninguna obra de caridad. Puede dedicarse al culto todo lo que quiera, pero conviene mucho que dedique un tiempo semanal a las obras de caridad.

Otros curiales preferirán marchar el fin de semana a ayudar a sacerdotes enfermos en parroquias no situadas en la diócesis de Roma. Algunos podrían dedicar su mes de vacaciones a ayudar en tierras de misión. La labor pastoral con los más pobres será el perfecto complemento del trabajo en el Vaticano. El fasto de las liturgias vaticanas por un lado, y por otro las obras con los necesitados.

El que un sacerdote no se limite al trabajo en su despacho y dedique tiempo al ejercicio pastoral, es signo claro que mantiene el entusiasmo por su sacerdocio. Hay que cultivar ese entusiasmo. Hay que evitar encerrarse en casa. Hay que evitar el dedicarse en exclusiva al estudio. Que nadie diga que ésa es su vocación, porque incluso un dominico conviene que no se dedique únicamente a los libros. El que no tiene ganas de dedicarse a

ayudar al prójimo imagen viva del Dios vivo, difícilmente penetrará en las profundidades teológicas de los misterios divinos. Se quedará en la superficie, en la erudición, que a él le parecerá que es todo, porque no conoce otra cosa.

Aun así, puede haber excepciones a esto que he dicho y, sin duda, las habrá. Uno puede encerrarse en la habitación si siente una llamada a vivir un cierto retiro monástico. Algunos pueden vivir su trabajo en el Vaticano como una especie de *ora et labora*. Yendo de su habitación al Vaticano, y del Vaticano a su residencia. Dedicando el resto del tiempo a la oración y la *lectio*. Éste es un modo totalmente válido de servir en la Santa Sede. En cierto modo, todos los curiales deberían cultivar un poco este espíritu monástico, adaptándolo a la vocación específica que sientan.

Lo envidiable del trabajo en la Santa Sede, es que después de dedicar las horas de la mañana al trabajo, uno queda en libertad de cultivar su personal faceta monástica, de practicar obras de caridad, de ejercer la pastoral o de participar en grandes liturgias. El trabajo en el Vaticano ofrece esta posibilidad multiforme de vivir el propio sacerdocio.

Además, las tardes libres ofrecerán asimismo una magnífica ocasión para cultivar la mente. Lecturas sobre cultura en general, sobre teología, sobre Derecho Canónico, filosofía, moral, historia de la Iglesia. Intentando que ese tiempo de lectura se convierta en una verdadera *lectio*. Un tiempo de lectura orante, como un monje en su monasterio.

Siguiendo a Cristo pobre y humilde

Hay una poesía del obispo Pedro Casaldáliga que, desde el primer día que la leí, me pareció sublime. No es éste el lugar para repasar las objetivas deficiencias del gobierno que tuvo ese obispo en su diócesis. Los graves errores de ese obispo no son obstáculo para que reconozcamos que la poesía titulada *Mis insignias episcopales* constituye una preciosa predicación para todos los obispos del mundo, y muy en especial para los de la Curia.

Mis insignias episcopales

TU MITRA

será un sombrero de paja;
el sol y la luna;
la lluvia y el sereno;
el pisar de los pobres con quien caminas
y el pisar glorioso de Cristo, el Señor.

TU BÁCULO

será la verdad del Evangelio
y la confianza de tu pueblo en ti.

TU ANILLO

será la fidelidad a la Nueva Alianza del Dios Liberador
y la fidelidad al pueblo de esta tierra.

No tendrás otro ESCUDO

que la fuerza de la Esperanza
y la libertad de los hijos de Dios.

No usarás otros GUANTES

que el servicio del Amor.

Aquí acaba esta poesía, tan breve como extraordinaria. Una poesía que merece ser no sólo leída, sino meditada muchas veces. Otro texto que merece ser meditado atentamente es el *Pacto de las Catacumbas*.

El texto del *Pacto* supone una bellísima enseñanza, con independencia de que después no pocos hayan utilizado el amor a los pobres como arma arrojadiza contra el Vaticano. De nuevo, lo mismo que en la precedente poesía, podemos meditar con fruto el texto, teniendo que pasar por alto el desafortunado modo concreto en que después tantas veces se materializó ese amor a la humildad y la pobreza.

Cada línea del *Pacto de las Catacumbas* que pongo más abajo, merece ser meditada en la oración. Si bien algunos de esos puntos deben ser seguidos en el espíritu que contienen, y no tanto en su materialidad. Insisto, lo positivo es el espíritu, no la materialidad de lo escrito.

La redacción de ese texto proviene cuando casi cuarenta obispos, liderados por Helder Cámara, en 1965, cerca ya del final del Concilio Vaticano II, celebraron misa en la catacumba de Santa Domitila, y al finalizar suscribieron un texto que por esa razón se llamó el *Pacto de las Catacumbas*. El texto es el siguiente, del cual he quitado los puntos del 9 al 11, por tratarse de cuestiones que versaban de la acción social que debían promover los obispos diocesanos, y que en esta obra carecían de utilidad:

Nosotros, obispos, reunidos en el Concilio Vaticano II, conscientes de las deficiencias de nuestra vida de pobreza según el evangelio; motivados los unos por los otros en una iniciativa en la que cada uno de nosotros ha evitado el sobresalir y la presunción; unidos a todos nuestros hermanos en el episcopado; contando, sobre todo, con la gracia y la fuerza de nuestro Señor Jesucristo, con la oración de los fieles y de los sacerdotes de nuestras respectivas diócesis; poniéndonos con el pensamiento y con la oración ante la Trinidad, ante la Iglesia de Cristo y ante los sacerdotes y los fieles de nuestras diócesis, con humildad y con conciencia de nuestra flaqueza, pero también con toda la determinación y toda la fuerza que Dios nos quiere dar como gracia suya, nos comprometemos a lo que sigue:

1. Procuraremos vivir según el modo ordinario de nuestra población en lo que toca a casa, comida, medios de locomoción, y a todo lo que de ahí se desprende. Mt 5, 3; 6, 33ss; 8-20.
2. Renunciamos para siempre a la apariencia y la realidad de la riqueza, especialmente en el vestir (ricas vestimentas, colores llamativos) y en símbolos de metales preciosos (esos signos deben ser, ciertamente, evangélicos). Mc 6, 9; Mt 10, 9s; Hech 3, 6. Ni oro ni plata.
3. No poseeremos bienes muebles ni inmuebles, ni tendremos cuentas en el banco, etc, a nombre propio; y, si es necesario poseer algo, pondremos todo a nombre de la diócesis, o de las obras sociales o caritativas. Mt 6, 19-21; Lc 12, 33ss.
4. En cuanto sea posible confiaremos la gestión financiera y material de nuestra diócesis a una comisión de laicos competentes y conscientes de su papel apostólico, para ser menos administradores y más pastores y apóstoles. Mt 10, 8; Hech 6, 1-7.
5. Rechazamos que verbalmente o por escrito nos llamen con nombres y títulos que expresen grandeza y poder (Eminencia, Excelencia, Monseñor...). Preferimos que nos llamen con el nombre evangélico de Padre. Mt 20, 25-28; 23, 6-11; Jn 13, 12-15.
6. En nuestro comportamiento y relaciones sociales evitaremos todo lo que pueda parecer concesión de privilegios, primacía o incluso preferencia a los ricos y a los poderosos (por ejemplo en banquetes ofrecidos o aceptados, en servicios religiosos). Lc 13, 12-14; 1 Cor 9, 14-19.
7. Igualmente evitaremos propiciar o adular la vanidad de quien quiera que sea, al recompensar o solicitar ayudas, o por cualquier otra razón. Invitaremos a nuestros fieles a que consideren sus dádivas como una participación normal en el culto, en el apostolado y en la acción social. Mt 6, 2-4; Lc 15, 9-13; 2 Cor 12, 4.
8. Daremos todo lo que sea necesario de nuestro tiempo, reflexión, corazón, medios, etc. al servicio apostólico y pastoral de las personas y de los grupos trabajadores y económicamente débiles y subdesarrollados, sin que eso perjudique a otras personas y grupos de la diócesis. Apoyaremos a los laicos, religiosos, diáconos o sacerdotes que el Señor llama a evangelizar a los pobres y trabajadores, compartiendo su vida y el trabajo. Lc 4, 18s; Mc 6, 4; Mt 11, 4s; Hech 18, 3s; 20, 33-35; 1 Cor 4, 12 y 9, 1-27.
12. Nos comprometemos a compartir nuestra vida, en caridad pastoral, con nuestros hermanos en Cristo, sacerdotes, religiosos y laicos, para que nuestro ministerio constituya un verdadero servicio.

Así, nos esforzaremos para revisar nuestra vida con ellos;
-buscaremos colaboradores para poder ser más animadores según el Espíritu que jefes según el mundo;

-procuraremos hacernos lo más humanamente posible presentes, ser acogedores;

-nos mostraremos abiertos a todos, sea cual fuere su religión. Mc 8, 34s;
Hech 6, 1-7; 1 Tim 3, 8-10.

13. Cuando regresemos a nuestras diócesis daremos a conocer estas resoluciones a nuestros diocesanos, pidiéndoles que nos ayuden con su comprensión, su colaboración y sus oraciones.

Que Dios nos ayude a ser fieles

Este texto debe ser meditado atentamente. Porque se puede tener la tentación de creer que ser obispo o cardenal tiene que significar vivir como un gran señor. No digo que se caiga en esa falta de modo habitual, lo habitual es la virtud. Pero aunque el tenor de vida de los obispos sea muy moderado, la tentación existe. Existe la silenciosa seducción de identificar un rango eclesial con una especie de señorío.

Ser príncipe de la Iglesia es ser príncipe de un reino espiritual. En lo que habría que esforzarse es de que ese rango eclesial concordase con el rango de santidad personal. Una gran responsabilidad en la Iglesia debería entregarse al dotado de una gran valía en el espíritu. Entendido esto, lo material no importa, incluso estorba.

Recuerdo lo ridículo que me pareció cuando un sacerdote durante una comida, nos explicaba a otros sacerdotes la (sin duda falsa) historia de que un santo cardenal que, a principios del siglo XX, compró un billete de tren en primera clase con cama, pero que después por la noche se fue a dormir a un asiento de tercera clase. Este sacerdote nos decía muy convencido, completamente convencido, de que el cardenal entendía que su dignidad no le

permitía comprar un billete en otra clase que no fuera la primera. Lo curioso de esta historia es que el joven sacerdote la contó completamente convencido de que las cosas habían sucedido así.

No hace falta insistir en que no habrá desdoro alguno en la dignidad del cardenal por ir con los pobres. Al revés, ése constituirá un timbre de gloria. Sin embargo, puede haber casos en los que un curial piense: *No es por mí, es por mi dignidad.*

Frente a esto, las palabras de monseñor Helder Camara resuenan cristalinas y puras: *Procuraremos vivir según el modo ordinario de nuestra población en lo que toca a casa, comida, medios de locomoción, y a todo lo que de ahí se desprende.*

El problema vino cuando algunos hicieron de esto, un arma de ataque a los hermanos en el episcopado. Y así sucedió que lo que debía haber sido motivo de edificación, se convirtió en medio de agresión.

Meritocracia

Hay que esforzarse en que la Curia sea una meritocracia. La única razón para acceder a los cargos debe ser siempre los propios méritos. Esto ya es así ahora en gran medida. Pero el sistema todavía podría reforzar todavía más esta característica que es una las glorias del sistema eclesial.

Otro aspecto positivo de la Curia es que todos los pueblos de la Santa Iglesia, todas sus razas, todas las espiritualidades, están presentes en la Curia. Pero siendo ambas cosas buenas (representatividad y meritocracia) deben ser engarzadas con cuidado. Si al buscar una persona para un cargo, se nombra a

alguien no por sus méritos, sino en razón de que represente tal o cual nación, etnia o grupo eclesial, se corre el peligro de que al final la excepción se haga norma.

Mientras que si se escoge a las personas sólo en razón de su valía personal, el grupo resultante normalmente será, en mayor o menor medida, representativo de todas las espiritualidades, tendencias, razas y naciones. Será representativo porque Dios no ha concedido sus dones a un solo grupo en exclusiva, al contrario, los ha dispersado. Pero, insisto, si lo que se busca es, ante todo, la representatividad el sistema corre el riesgo de malearse y de que la valía de la persona pase a un segundo plano.

Al mismo tiempo, hay que reconocer que si un porcentaje notable de la Curia estuviera en manos sólo de un determinado grupo étnico o en manos de una sola espiritualidad, eso sería el signo de que el sistema ha caído en el amiguismo. Pues Dios reparte sus dones. Ése es un peligro cierto, contra el que hay que estar atento.

Debe desecharse completamente en la Iglesia un sistema de cuotas. El sentido común indicará atinadamente cuando falta o sobra de algo. La prudencia ejercida con objetividad logrará que el sistema sea representativo y meritocrático. Corrigiendo los criterios de selección cada vez que se observe que hay demasiada presencia de algún grupo, y poca presencia de otro. Durante toda la historia de la Iglesia siempre habrá que corregir el sistema hacia un lado y después hacia el otro.

Los cargos importantes para nada deberían tener en cuenta el escalafón. Esto también es otra buena característica que tiene el actual sistema eclesiástico. Hay muchos monseñores que toda la vida se quedan más o menos alrededor de su puesto. Muchos

monseñores no avanzan sustancialmente en el escalafón después de una vida de trabajo en la Santa Sede. Esto es algo positivo y debe reforzarse la voluntad de no hacer excepciones para los cargos importantes donde se toman decisiones que afectan a la vida de la Iglesia.

Se puede premiar y animar a alguien haciéndole ascender por los escalafones intermedios. Pero los puestos verdaderamente importantes deben ser concedidos a aquellos que mejor los puedan desempeñar, vengan de dentro o de fuera de la Curia. Sin que el mero paso del tiempo sea razón para acceder a ellos.

Servir a la maquinaria vaticana debe ser como una vocación, un servicio, no una carrera, no un proceso en el que automáticamente se va ascendiendo con el pasar de los años. Todo lo que se haga por desterrar cualquier pequeña ambición es positivo. Es decir, no sólo no debe haber apetencia de puestos en los corazones de los que trabajáis allí, sino que el sistema debe estar diseñado para desanimar a cualquier anhelo no santo.

Por el contrario, debería fomentarse el que grandes pastores, grandes hombres del espíritu, personas que se han dedicado a los pobres toda una vida, a las misiones, que han sufrido persecución, puedan enriquecer el Vaticano con su presencia. Si se los introduce en la venerable maquinaria vaticana, le proporcionarán una nueva luz y un más puro entendimiento de las cosas.

El que no está purificado de ambición verá así con frustración que algunos, no pocos, que desde jóvenes entraron a trabajar en el Vaticano, no han prosperado. Mientras que cada año individuos que se dedicaron a la caridad, a las misiones, a la vida de oración, son elevados a los más altos puestos de la Curia.

Aunque insisto en que sí que el transcurso del tiempo debe bastar para avanzar por los escalafones intermedios. Hay que

animar los que trabajan en la Curia. Son seres humanos con su corazoncito. Pero obsérvese que en una diócesis normalmente uno comienza a trabajar como párroco de joven, y acaba sus días trabajando de párroco. La idea de carrera debe ser desterrada.

Ya ahora la Curia está formada por hombres buenos. Pero con vigilancia, con prudencia, con oración, se logrará que sea una Curia más purificada, más luminosa. Todos los esfuerzos son pocos para conseguir un Vaticano que sea una diadema colocada alrededor de la cabeza de la Iglesia. Las más bellas gemas son los seres humanos que integran esa diadema vaticana sobre la cabeza de la Esposa de Cristo.

Un Vaticano donde trabajen magníficos pastores, grandes teólogos, ascetas y contemplativos, hombres llenos de caridad, misioneros venidos de todas las partes del orbe... eso debería ser el Vaticano. Los componentes de la Curia habrían de mostrar bien claramente que el Vaticano no es una mera burocracia, sino algo sagrado. Todo lo que se haga para diferenciar la organización vaticana de una burocracia humana, ha de ser bienvenido.

Los laicos en la Curia

Mis reflexiones han estado muy centradas en los clérigos que trabajan en la Curia. Pero me gustaría mencionar la necesidad de introducir a los laicos en todos los puestos posibles del Vaticano. Una vocación sacerdotal es un tesoro demasiado precioso, para dedicarlo únicamente a cuestiones administrativas. Hay todo un mundo por ser evangelizado. Hay mucha necesidad de sacerdotes en el mundo. Es mejor contratar a un laico para trabajar con papeles, y que así un sacerdote pueda irse a Asia, o

como capellán de prisiones o a lo que sea. Hay infinidad de laicos santos, de mucha oración, de gran vida espiritual, que podrían dedicarse a trabajar en todos los puestos donde no se ejerza ningún régimen de gobierno, gobierno que debe ir unido sacramento del orden.

De todas maneras, la importancia de introducir a los laicos en los escalafones de la Curia no nace sólo de la necesidad de operarios para la mies, sino de la necesidad de que la Curia exprese la universalidad de la Iglesia. Y dado que los laicos forman parte de la Iglesia, su razón de estar presentes en la Curia está plenamente justificada. Aunque gozáramos de una perfecta abundancia de clero, los laicos deben estar presentes en la Curia. El laico en la Curia no debe constituir una especie de presencia testimonial y, además, de segunda clase. Un laico puede ser más santo, más instruido, más prudente, que un clérigo.

Que los puestos administrativos sean ocupados por sacerdotes, parecería que se justifica por el hecho de introducirlos en la Curia para conocerlos en el día a día. Y así, tras años de trato en el trabajo, estar seguros de a quien se nombra para puestos de verdadera relevancia. Pero ya antes he mencionado la conveniencia de la sangre nueva en la Curia. De que vengan de los confines de la tierra pastores cuya valía haya quedado probada. No es malo que la Curia se arriesgue un poco. Nombrar para determinados puestos a pastores que no hayan pasado por los escalafones intermedios siempre será un medio de traer ideas nuevas y renovadores modos de hacer.

Por lo tanto, no sólo debe haber algunos laicos en la Curia, sino que habría que hacer un esfuerzo para colocarlos en todos aquellos puestos que no requieren la presencia de un sacerdote. Ahora bien, los laicos no deben ocupar puestos en los que se realice un mayor o menor ejercicio de la potestad de régimen. El

gobierno de la Iglesia fue entregado a los Apóstoles. Es decir, hubo una voluntad divina de que la potestad de régimen fuera unida a la potestad sacramental. Es un deseo fundacional de Cristo que no se puede cambiar, el que el pastoreo de la Iglesia fuese unido al sacerdocio. Por eso los laicos en la Curia no deben en ningún caso ir más allá de puestos administrativos o puestos donde puedan ofrecer su consejo.

Ahora bien, al mismo tiempo que defendiendo la presencia de los laicos, reconozco que la Santa Sede tomada como un todo ejerce un verdadero gobierno de la Iglesia. Por tanto hay que ser muy cuidadoso con esta presencia, si no queremos desdibujar la unión entre pastoreo y sacerdocio.

Las manzanas podridas

El Vaticano es el escenario perfecto para una novela. Y toda novela requiere de complots, de oscuras maquinaciones, de la presencia de traidores. Nada es más literario que el que el defensor del bien se convierta en el que conculca el mensaje que predica. La ficción siempre será así, por más espiritual y santa que en el mundo real sea la Curia Romana.

¿Hay manzanas podridas dentro de las congregaciones? Sin duda, siempre habrá un pequeño tanto por ciento de clérigos que perdieron su batalla personal contra las debilidades. Se entregaron a Dios al entrar en el seminario, comenzaron su sacerdocio llenos de entusiasmo, pero después fueron derrotados. Y vivieron como pudieron, con la contradicción del estado de vida que habían tomado y los pecados en los que caían.

Eso es así y siempre será así. Pero ojalá que el resto de instancias del mundo tuvieran tan pocas manzanas podridas como la Santa Sede. El que ve la Curia como algo corrupto, es porque la mira con ojos sucios. El que está sucio en su alma, todo lo ve sucio. Le parece que los demás tienen que ser como él.

El populismo como criterio de gobierno

Una vez tuve una conversación con un sacerdote estudiante en Roma, estudiante de edad madura. Un sacerdote que fue a Roma para dedicarse después a la formación de los seminaristas de su diócesis. La conversación con él me resultó muy turbadora. Tras escucharle, me di cuenta de que a los puestos donde se toman decisiones, damos por supuesto que van a llegar personas que cuidarán de las tradiciones, de la liturgia y el culto a Dios. Pero tenemos que rezar, porque no necesariamente siempre sucede así. Este sacerdote en concreto era muy buena persona, lo conozco bien. Viví con él varios años. Pero defendía criterios de actuación que, en mi opinión, él no percibía lo destructivos que eran.

Sus argumentos eran del tipo: *¿Qué le dice esto a la gente de hoy? ¿Tiene algún significado para los jóvenes?* Nunca entendí por qué según él las decisiones debían estar siempre supeditadas a lo que pensarán los jóvenes. Como si ellos tuvieran una especie de privilegio en la Iglesia frente a otros grupos.

También este sacerdote del que hablo, como tantos otros, estaba empeñado en reformar Roma. Pero quería hacerlo a golpe de populismo. Si el criterio de actuación, a la hora de preservar el patrimonio inmaterial de la Iglesia, es lo que piensa la gente, estamos listos. Él no se daba cuenta de que lo que propugnaba, en

definitiva, era uniformar a todos. Con la excusa de seguir el camino de lo que piensa la gente, lo que defendía era reducir todo a un término medio razonable, razonable para eso que se considera la opinión pública.

Lo que él pensase no era un gran problema. El problema es cuando alguien como él llega a puestos curiales donde se toman decisiones. Y peor cuando varios como él llegan a ese tipo de puestos. Por eso en las misas siempre rezamos por el Papa y el obispo de cada diócesis. No les incluimos sin razón. El Papa y el episcopado tienen que estar protegidos, inspirados y ayudados por Dios. Porque si todo quedara en manos simplemente humanas, estábamos listos.

Recemos para que el Señor nos conceda excelentes pastores. Porque muchas conversaciones en Roma durante mis años de doctorado, me han convencido de que los excesos y errores de los años 80 que creemos que han quedado tan dejados atrás, bien pueden volverse a repetir. Si ahora no se repiten, es únicamente por Dios. Damos por supuesto que la Iglesia está bien gobernada, porque así tiene que ser. Pero es la mano del Omnipotente la que contiene las cosas. Porque aquí dentro de la barca, siempre está el elemento humano dispuesto incansablemente a hacer de las suyas en la Santa Iglesia de Dios.

Tantos tesoros escondidos

Cuántas personas tan valiosas hay en tantos despachos del Vaticano. Individuos que han entregado toda su vida, entera y verdadera, por Cristo, y que trabajan en el silencio y anonimato sin buscar otra cosa que el que Dios sea más amado.

A ellos, el servicio a Cristo les ha llevado a un despacho. Pero si hace años Jesús se les hubiera aparecido y les hubiera dicho: *Quiero que vayas a la selva a predicarme*. Pues hubieran ido sin dudar a la selva, con mosquitos y la camisa sudada bajo un calor bochornoso. Pero el seguimiento a Jesús de Nazaret les ha llevado a esos despachos, y allí están día tras día.

Los primeros meses puede hacer más ilusión, ¡trabajar en el Vaticano!, pero después seguro que todo, absolutamente todo, comenzó a ser más aburrido; como ocurre con todas las cosas de esta vida. Pero sólo se persevera en la jungla, en un despacho, o en un monasterio, por Cristo. Si no, a los cinco años uno se aburre, se cansa y se marcha.

Cuántos hay en esos despachos cuya valía humana resulta tan evidente, que sin duda hubieran triunfado en el mundo si no se hubieran entregado como holocausto en el altar de Dios. Individuos emprendedores, dinámicos, pletóricos de ideas y buen humor. Pero la magnífica vida que les hubiera esperado en la sociedad civil, con una preciosa esposa en una magnífica casa, lo han dejado para hacer la voluntad de Dios, sea ésta la que sea. Después hay gente que con sus malos sentimientos creen que personas como ellos viven de la Iglesia. Pero la verdad es que ellos se han entregado, inmolado, sin condiciones.

Han sacrificado lo que en la sociedad comúnmente se considera una gran vida, y cuando se jubilen después de toda una vida de trabajo les esperará una modesta habitación en alguna residencia de sacerdotes jubilados, donde sus existencias se apagarán sin hacer ruido, en una cierta soledad. Ni siquiera dispondrán de todo un piso para ellos. Toda una vida de trabajo, para, humanamente hablando, acabar en una habitación. Sin otras posesiones que unos libros y algún que otro mueble. Sí,

ciertamente, el Vaticano se construye también con el sacrificio silencioso de tantos monseñores.

La gente ve las vestiduras pomposas en la Capilla Pontificia, pero no el sacrificio, la inmolación que hay detrás. Tú, monseñor, ya que has dejado esposa, hijos, riquezas, déjalo todo. Abandónate completamente a Jesús, sin esperar nada del mundo. Renuncia al mundo de un modo más radical. Espéralo todo sólo de Dios y nada fuera de Él.

La gente se queda en lo externo, en las fajas moradas, en los botones de tal color, y juzgan, juzgan acerca de lo que no saben. Algunos dicen que si Jesús volviera a los que trabajan en la Curia los expulsaría con un látigo. Vaya chasco que se llevarían algunos si Jesús de Nazaret viniera en forma visible y se paseara normalmente por los pasillos del Vaticano, saludando a todos y cada uno, y les hablara animándoles a seguir trabajando por él. Muchos que tanto critican a la Santa Sede, se sorprenderían si Jesús les dijera algo así a los curiales:

Queridos oficiales, monseñores, obispos y arzobispos, eminencias. Os agradezco todo lo que hacéis para que mi mensaje siga llegando a todos los confines del mundo. Seguid así. No os preocupéis por las voces que se puedan escuchar a la vera del camino. El Vaticano formaba parte de mis planes. Yo supe que existiría todo esto, cuando veía con una sonrisa a mis pobres y queridos discípulos galileos que caminaban conmigo por los polvorientos caminos. Ellos tuvieron su misión y vosotros tenéis la vuestra. Con vuestras impolutas ropas negras y vuestros fajines no os hubierais podido sentar sobre el polvo de esos desiertos, ni caminar durante horas bajo el sol de agosto. Pero ellos llevaban la ropa que tenían que llevar allí, y vosotros lleváis aquí los distintos ropajes que tenéis que llevar aquí.

Yo vi la cúpula de San Pedro caminando por Judea, os vi a vosotros con vuestras sotanas y ceremonias. Vosotros manifestáis la grandeza y la dignidad de esta Iglesia mía que se ha hecho grande. Ha crecido tanto que requiere de discípulos míos que se dediquen a los papeles. Aunque bien sabéis que los papeles no son papeles, sino las cosas que hay en esos papeles.

Esos papeles materializan decisiones o preparan futuras decisiones. Decisiones convenientes a veces, decisiones necesarias otras. Que os quede claro: ¡me servís así! Quiero que me sirváis así. Todo esto no es una traición a mi Evangelio. Yo, Autor de los Evangelios, Yo, el Mesías del que hablaron los profetas, Yo, el pobre caminante al que explicaron Pedro, Pablo, Santiago, os digo y os repito: Trabajad por mí aquí, haced lo que hacéis.

Estas palabras que he puesto en la boca santísima del Maestro, son pobres pensamientos míos. Pero una cosa está clara: Jesús no entró en el Vaticano. ¡Jesús ya estaba en el Vaticano! Está en el sagrario. Y esos hombres, los curiales, se ponen ante Jesús cada día preguntándole qué quiere que hagan.

Dos reformas de la Curia:

Leonardo Boff y Marcel Lefevbre.

.....

Aun siendo fieles a Roma, siempre tenemos el peligro de dejarnos impregnar un poco de ideas que no son espíritu, sino letra. De una tradición que no es divina, sino humana. Hay una gran diferencia entre el concepto de tradición humana en Leonardo Boff y ese mismo concepto en Marcel Lefevbre. Sí, hay

un elemento humano en la Iglesia que es positivo, valioso, y que corremos el peligro de despreciarlo o de absolutizarlo. Existe el peligro de unirnos a una tradición (con minúscula) de la que ya no creemos que podemos separarnos. Existe el peligro de destruir una gran obra humana fruto de siglos creyendo que esa destrucción es necesaria para volver a la pureza del Evangelio.

Desde la búsqueda de la pureza del Evangelio, podríamos pensar que entre los dos extremos, siempre es preferible el exceso de iconoclastia que el de idolatría. Pero es un error. Ambos extremos pueden ser radicalmente antihumanos e, incluso, antidininos.

Antihumano: cuanto desprecio de lo positivo humano, de la belleza, de la sabiduría de una obra fruto de un decantamiento de siglos, cuántos muertos bajo la excusa de la Teología de la Liberación por un lado.

Antidinino: cuánta absolutización de elementos meramente humanos. En este extremo, se puede acabar adorando el rito. En este extremo, se puede acabar adorando la liturgia, la estructura, la tradición. El medio pasa a no ser un mero medio.

Es de suponer que Lefevre murió con angustiosas dudas en su corazón, mientras que Helder murió en la más beatífica de las paces. Lefevre miró cara a cara la faz del infierno antes de sumergirse en el misterio. De Helder todos pensaron, si no se salva él, ¿quién se salvará?

Cuando uno no está centrado en Jesús de Nazaret, se cae en los ritos. Otros caen en la ley, en el amor a los estucos eclesiásticos, en los trapos. Qué fácil es hacer del medio un fin. Qué fácil es quedarse en la cáscara. Helder fue a la esencia, al núcleo.

Cuando yo veo a un obispo con una cruz pectoral pobretona, un anillo que da pena y todas sus vestiduras y zapatos

sumidos en la pobretonería, es algo que me edifica, que me da devoción. Pero pensar que todos los obispos tienen, por obligación, que ser así, es un error, un gran error. El rito, la liturgia magnificente, también son parte del plan de Dios, no un accidente en el camino.

Me da devoción la sencilla capilla de seis franciscanos en un campo, pero también la abadía benedictina de cien benedictinos con un culto magnificente. Prefiero una Iglesia en la que existe Helder Cámara abriendo la puerta de su casa a las visitas, y en la que la Guardia Suiza guarda el Portón de Bronce. Las salas pintadas por Rafael no son una traición a San Francisco. Helder Cámara no es una traición a Pío XII. El error está en pensar que los unos traicionan a los otros. Aquí nadie traiciona a nadie. Todos seguimos la misma fe en la comunión a los legítimos pastores.

El tradicionalismo es malo, pero el cristianismo versión selva sandinista también. Si algún día la Basílica del Vaticano fuera destruida, sencillamente construiríamos otra. Los símbolos simbolizan realidades. Pero los símbolos no son la realidad.

La magnificencia

Todo se me hace poco para Dios. El Vaticano es demasiado poco para Dios. Incluso el culto de las basílicas mayores con todas sus liturgias se me hace totalmente insuficiente frente a un Misterio tan insondable.

Los cardenales son como la corona que rodea el primado de Pedro. Bellísima corona alrededor del altar. Los obispos, monseñores, los canónigos, todo se mueve alrededor de Dios, todos esos rangos con sus vestiduras, con sus largos ceremoniales, adoran, cantan y oran en torno a la Eucaristía.

No creo exagerar si digo que el Vaticano es todo un ecosistema. Se trata de una porción del mundo que es totalmente *sui generis*. Una especie de reserva única donde los millones de visitantes se admiran como se admiró la Reina de Saba al contemplar el culto del Templo Salomónico.

La reina de Saba se quedó atónita al ver la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado, los manjares de su mesa, los asientos que ocupaban sus funcionarios, el servicio de los criados, sus vestiduras, los ayudas de cámara y las vestiduras que vestían, y los holocaustos que se ofrecían en la casa de Yahvéh, fuera de sí, dijo al rey: verdad es que cuanto en mi tierra me dijeron de tus cosas y de su sabiduría. Yo no lo creía antes de venir y haberlo visto con mis propios ojos. I Re 10, 5-7.

Observemos que tanto en el siglo X antes de Cristo, como en el siglo XXI después de Cristo, la gente se sigue admirando por la edificación del Templo, las vestiduras de los rangos sacerdotales y todo el aspecto humano del Vaticano. Aspecto humano, sí, pero con un propósito: llevar las almas hacia Dios. Todo lo que hay en el Vaticano sirve o no sirve en razón de esta única función: ¿lleva esto a Dios? El ceremonial, la belleza, la liturgia son cosas que llevan hacia el Altísimo si se realizan de un modo correcto.

Algunos protestan: que tal cosa o tal otra no está en el Evangelio. Les contesto: ¡tampoco las jirafas está en el Evangelio! Y, sin embargo, el Creador también puso pavos reales y faisanes para embellecer el mundo.

Cuestiones eclesiológicas

Está claro que para ciertas funciones de la Curia, sin duda, no hace falta ser sacerdote. Para otras funciones conviene ser

sacerdote. Pero para algunos puestos ¿se requiere realmente la ordenación episcopal?

¿No podrían ser todos en la Curia sacerdotes, menos los prefectos de los dicasterios? ¿No quedaría así más claro que el obispo de Roma es uno y sólo uno?

Mi opinión sobre esta cuestión es que las cosas están bien, como están ahora. Las cosas en la sociedad humana, y también en la naturaleza física y biológica siempre están dotadas de proporción. Sería desproporcionado que un cardenal tuviera bajo su cargo a toda una gran congregación romana formada sólo por sacerdotes. Da una impresión más armónica el que una congregación esté formada por un cardenal, obispos, sacerdotes y laicos. De lo contrario podemos imaginarnos, incluso, un Vaticano y una ciudad de Roma en la que hay sólo un obispo, el Obispo de Roma, y el resto sólo son sacerdotes con delegaciones.

La Curia Romana tal como está ahora ofrece la bella impresión de ser como un sistema solar. Con un astro en su centro alrededor del cual orbitan planetas, y alrededor de estos planetas satélites. En el Vaticano, hay satélites menores orbitando alrededor de otros satélites mayores.

A esto se une, una razón de gran conveniencia, es lógico que si un curial va a tratar con sacerdotes de problemas y abusos, sea sacerdote. Así podrá reprender o advertir seriamente de hermano a hermano. Si se va a tratar con obispos, lo lógico es que uno sea obispo. No es lo más adecuado que un obispo sea amonestado por un sacerdote. Del mismo modo que las cuestiones internas más importantes del Colegio Cardenalicio, deben ser tratadas entre cardenales.

Otra razón a favor del sistema actual es que la Santa Sede ejerce un gobierno sobre la Iglesia universal. Como el gobierno de la Iglesia fue entregado a los Apóstoles, deben ser los sucesores de los Apóstoles los que ejerzan ese gobierno. Los prefectos y los

secretarios toman decisiones y eso supone el ejercicio de la *potestas regiminis*. Un fallo judicial de la Signatura Apostólica es un caso claro, pero también una orden de la Congregación del Culto Divino imponiendo una resolución a un obispo, es un acto de gobierno. El obispo diocesano tiene la potestad de gobernar, pero si el Prefecto de la Congregación del Culto determina que no debe hacer una determinada práctica litúrgica, eso es un acto de gobierno sobre alguien que tiene potestad de gobierno. Todo esto son razones a favor del carácter episcopal de ciertos cargos.

Pero incluso en otros cargos en los que no hay actos de gobierno, son cargos tan influyentes que los asuntos que van a discutir con los obispos curiales es mejor que los discutan de obispo a obispo, es el caso, por poner un ejemplo, del Secretario de la Prefectura de Asuntos Económicos. Es decir, hay asuntos que es mejor que se discutan entre los sucesores de los Apóstoles.

El gobierno de la Iglesia no se limita al gobierno de las diócesis. Jesús entregó ese gobierno a los Apóstoles *in solidum*. Los Apóstoles y sus sucesores distribuyeron ese gobierno. Pero en un primer momento no hubo diócesis. Por todo esto, conviene que el Vaticano sea como un sistema solar de distintos astros eclesiásticos moviéndose en armonía, pero no en plano de igualdad. La Urbe no es una diócesis más. Sólo el Vaticano ya es un microcosmos. Y, en cierto modo, es como la Iglesia en pequeño. En esa gradación armónica de la Curia como un cuerpo, la gradación de rangos sacramentales se presenta como muy conveniente. Pues si la Santa Sede es como la cabeza de la Iglesia, también preside una cabeza de obispos en el cuerpo vaticano.

Estudiar en Roma

Un acto más allá
de lo intelectual



Un día iba yo camino de la Gregoriana por la mañana. Maletín en mano, parte de mi tesis recién impresa en ese maletín, atravesando la Plaza de España y la Fontana de Trevi en mi recorrido. Y pensaba: *Estoy en una ciudad que tiene la producción teológica más grande del mundo. Aquí se producen la mayor parte de las mejores investigaciones teológicas de todo el orbe cristiano, protestantes y ortodoxos incluidos. Sí, una ciudad rica en expertos, peritos y profesores especialistas en cualquier campo. No hay mes del año en el que no haya aquí miles de doctorandos trabajando en infinidad de campos. Ciertamente, no hay lugar del mundo comparable en el ámbito teológico. Es más, no ha habido momento de la Historia en que se haya podido dar semejante concentración y variedad de maestros, sabios e investigadores rodeados de millares de alumnos, de entre los cuales un día algunos serán luces en facultades dispersas por todo el mundo.*

Los medios con los que hoy día se cuenta para realizar esas investigaciones son incomparables con los de antaño. Los escritos de los primeros siglos del cristianismo, los datos arqueológicos, el acceso a cualquier obra de la antigüedad y de nuestros días, desde el más pequeño pensamiento de Rahner o Balthasar, hasta la

cualquiera de las cartas entre dos obispos del siglo IV, están hoy día disponibles en impresionantes bases de datos. Hoy día existen los medios para conservar y hacer accesibles hasta el más pequeño fragmento de pensamiento teológico. Y entre todas las facultades de teología del mundo, Roma es el indudable centro del orbe cristiano. No una universidad, sino toda una concentración de universidades.

Pero la grandeza teológica de la Urbe no debe hacernos olvidar el espíritu que debe tener el estudio de la Ciencia de Dios. Por eso ofrezco una serie de consejos espirituales.

Consejos espirituales

Si ir a Roma supone un ir para volverte ambicioso, para poner en ti las semillas del deseo de hacer carrera, mejor sería que nunca te hubieras trasladado a Roma.

Estudiante que vas a Roma, recuerda cada día que estés allí que el cultivo de la teología, a diferencia de otras ciencias humanas, no se limita a ejercitar el intelecto. El trabajo de estudiar debe verse como extensión de la adoración, como una forma de alabanza a Dios. Si uno se esfuerza en esta dirección, con la ayuda del tiempo de oración diario y la inspiración del Espíritu Santo, al final, la teología se hace amor, adoración, oración.

El estudiante que llega a Roma casi diría que desde el primer día debería hacer un horario claro y preciso, en el que se marcaran los tiempos de oración, los tiempos de trabajo y el tiempo de descanso. Cuando fui a Roma a estudiar, desde el principio le ofrecí a Dios que los domingos los consagraría al descanso del Día del Señor. Y sin hacer ni una sola excepción, los

domingos los usaba para orar, ir a rezar a las basílicas, pasear con amigos, leer novelas, ver una película y hacer excursiones. No sólo el trabajo, también el descanso da gloria a Dios. Si somos generosos con Dios ofreciéndole un día de cada siete, Dios será generoso con nosotros. Y en el día del Señor no sólo la oración da gloria al Creador, el mero descanso, divertirse, también.

Más fe y generosidad requiere no estudiar nada el domingo, si al día siguiente uno tiene un difícil examen. Pero Dios no defrauda. Por supuesto que gozar con total paz de espíritu del descanso dominical, presupone la disciplina de haber cumplido con los horarios los seis días anteriores de la semana. Pero si has cumplido, no quebrantes ese descanso que es una ofrenda y un acto de fe. Dios ya sabe que te sientes inseguro y que crees que ese examen te supera. Dios ya sabe que tienes la tentación de hacer una excepción y no ofrecerle el descanso de ese domingo. Pero no hagas excepciones. Sé disciplinado toda la semana, y abandona todos tus agobios el domingo.

Para mantener la presencia de Dios en mi habitación mientras estudiaba, yo lo que hacía era hacer una brevísima oración cada cuarto de hora. Era una oración, un levantar la mente a Dios durante un instante, recitaba una jaculatoria o un versículo de la Biblia, o daba un beso al crucifijo que tenía delante. Tenía un papel sobre la mesa, en el que cada cuarto de hora hacía una crucecita u otro signo. Para mí era una alegría, contemplar al final del día cómo ese papel el signo visible de que había hecho oración de mi estudio.

La mesa de trabajo debe estar lo más limpia y vacía posible. Nada agobia más que entrar a la habitación y ver la mesa llena de papeles, libros y objetos. Ellos son como un recuerdo de todas las

cosas que debemos hacer, las notas son un aviso de todos los asuntos pendientes.

Todas las notas con los asuntos que debemos hacer, es mejor agruparlos en una sola lista de un papel. Yo incluía todas esas cosas en un solo documento del ordenador titulado “cosas para hacer”. Ese documento Word estaba dividido en tres apartados: 1º cosas urgentes, 2º cosas que hay que hacer sin fecha, 3º citas con fecha. Sobre la mesa sólo estaba el libro que en ese momento estuviera leyendo y el ordenador. A un lado un crucifijo y al otro un papelito con el versículo que había escogido repetir o meditar ese día. Hay versículos que son más para repetir, y otros que son más para meditarlos.

La visión de esa mesa ordenada, vacía, con un solo libro sobre ella, me recordaba que en cada momento sólo tenía que hacer una cosa, una sola cosa: leer ese libro. Si pensaba que debía hacer treinta cosas, me podría haber desanimado. Pero de todas las cosas que podía hacer en el mundo, todo se reducía a leer y estudiar ese libro, ese único libro. Una cosa cada vez, ésa era toda mi misión. Cuando acabe este libro, ya pensaré qué es lo siguiente que debo hacer. Por eso, nunca leía varios libros a la vez. Siempre uno solo de principio a fin.

Por más concentrado y entusiasmado que estuviera yo en mi trabajo, al escuchar las bellas campanas de la Basílica de San Ambrosio junto a la que vivía, me levantaba de la mesa y rezaba la hora sexta. Siempre rezaba a la hora justa, para recordar que en ese momento Nuestro Señor Jesucristo fue alzado en la Cruz.

El estudiante debe esforzarse en acostarse siempre a hora fija. Si se acuesta a hora fija, uno se levanta a hora fija. Prolongar el estudio durante la noche suele ser peligroso. Peligroso porque uno tiene la tendencia a pensar que el día ya ha acabado y que, por tanto, se puede permitir navegar por Internet. Durante el día

se sentiría culpable de estar perdiendo el tiempo. Pero por la noche uno ya no siente la fuerza de la obligación de trabajar. Sin darse cuenta de que el tiempo que robe a la noche, se lo quitará al trabajo de la jornada levantándose más tarde.

Internet es, sin duda, la tentación más fuerte para un estudiante que pasa tantas horas en su habitación. Tentación de perder el tiempo navegando, tentación de impureza. Internet para descansar hay que usarlo exclusivamente en el tiempo que uno haya fijado para eso. El resto del día el uso de Internet debe ser sólo para trabajar. En esto hay que ser férreo.

Un estudiante joven puede tener muchas tentaciones bien de navegar por la Red perdiendo el tiempo, bien de caer en la lujuria. Ese estudiante ha de darse cuenta de que ambas cosas están unidas: navegar y caídas en la lujuria. Hay que evitar navegar para caer en lo segundo. Si no logra controlar esto. Es mejor que haga propósito de no conectarse a Internet tras la cena. El 100% de las caídas se producen por la noche tras la cena. Es preferible hacer propósito de no conectarse a Internet por la noche, y tener que ver el correo personal, las noticias y otras cosas en un momento preciso de la mañana o de la tarde. Es preferible perder algo de tiempo de trabajo, que por ahorrarlo tener caídas de impureza. En los casos en que un estudiante fuera débil, sería preferible hacer el propósito de no encender el ordenador en absoluto tras la cena.

También será muy útil antes de oprimir el botón de encendido, hacer una devota y sentida oración pidiéndole a la Virgen María que le ayude a no caer en la tentación de navegar, para no caer en la tentación de la lujuria. Si esa oración es hecha con fuerza y de forma diaria, el estudiante notará la presencia de una gracia que le quita las tentaciones. Indudablemente no desaparecerán todas, pero sí que notará una diferencia sustancial.

Necesidad de una reforma de los colegios

Esta parte no está dirigida para el estudiante, sino para aquellos encargados de regir las residencias eclesiásticas de estudiantes. Qué duda cabe que los colegios mayores requieren una reforma. La mayoría de los colegios eclesiásticos de Roma para sacerdotes diocesanos que estudian la licenciatura o el doctorado, se han convertido en meros hoteles donde uno va a comer y dormir. Internet ha destruido la vida de comunidad que existía hasta hace quince años. Algunos jóvenes sacerdotes, recién ordenados, que no tienen a nadie de su nación en su colegio, sienten no sólo la presión de los estudios en una lengua que no conocen, sino también la tristeza de la soledad.

Resulta también un hecho, sobre todo en algunos colegios, que un cierto número de clérigos, fuera de la misa comunitaria, no pisan la capilla ni una sola vez al día. Hay unos cuantos colegios de Roma en que esto no es así. Hay colegios modélicos, pero son pocos. El resto de residencias eclesiásticas se enfrentan al problema de que los residentes siempre recuerdan a los rectores que eso no es un seminario y que ellos ya son sacerdotes. Con esa excusa, el resultado es que esas residencias eclesiásticas ni tienen vida espiritual, ni vida de comunidad.

Se requiere una reforma de estas residencias. Ciertamente que la solución no es convertirlas en algo parecido a un seminario. Pero tampoco pueden seguir siendo el páramo espiritual que son ahora. Considero que habría que imitar el sistema de los *colleges* de Oxford y Cambridge. Un colegio eclesiástico debería proveer un marco donde sus residentes

podieran mejorar no sólo en lo intelectual, sino también en lo humano y en lo espiritual.

Los colegios, incluso, podrían proveer de un tutor que se encargara de hablar cada dos semanas con cada residente con los que convive, para verificar con qué problemas se encuentra cada estudiante, si se siente solo, si el estudio de la teología le está mejorando como sacerdote. El tutor podría no sólo dar consejos académicos, sino también aconsejar qué hacer para que la estancia en Roma fuera toda una experiencia de la universalidad de la Iglesia. Por ejemplo, animando a participar de la rica vida litúrgica de la Urbe, haciendo cada fin de semana recorridos en grupos por las basílicas romanas que son presencia viva de la historia de la Iglesia, etc.

Se debe evitar a toda costa, el caso de tantos sacerdotes encerrados en sus habitaciones, que tras años de estancia en Roma, sólo conocen cuatro basílicas y nada más, salvo quizá un sinfín de pizzerías. La estancia romana en algunos, constituye una tentación para olvidar la razón de haberse entregado a Cristo. Un cierto número, afortunadamente no muy grande, abandona las ilusiones de ser apóstoles, de ser pastores, que les llevaron al seminario, para querer dedicarse únicamente a los libros.

Para este exiguo número de estudiantes, la estancia romana es deformante, constituye sólo un acicate para la ambición eclesial. De la cual ambición carecían cuando estaban en sus seminarios, pero desgraciadamente en Roma algunos no sólo aprenden teología.

Existe otro grupo de sacerdotes que son aquellos que prolongan su estancia años y años. Los obispos desconocen que la mitad del tiempo se dedican a ayudar en distintas parroquias a cambio de una remuneración. Algunos sacerdotes en situaciones económicas muy precarias, vinieron con los mejores sentimientos a Roma, pero después quedaron fascinados por la posibilidad de integrarse en algunas parroquias, olvidando el propósito para el

que fueron enviados a Roma. Si un estudiante al final a lo que se dedica esencialmente es a una parroquia romana, para eso podía haberse quedado en su diócesis de origen.

La mirada atenta de los superiores de los colegios debería advertir de éstas y otras pequeñas desviaciones a los jóvenes presbíteros. Pero tantas veces en la Urbe, los superiores de los colegios no tienen las condiciones necesarias para ser verdaderos guías de los presbíteros con los que conviven. Han llegado sin vocación y sin cualidades a esos cargos de rector, que bien usados serían tan importantes para la vida de otros sacerdotes que después en sus diócesis serán profesores y curiales, algunos incluso obispos. Se debería escoger atentísimamente a los rectores de los colegios. Porque Roma a los estudiantes les debería ofrecer algo más que teología.

Por último hay que señalar dos abusos por parte de las diócesis. Primer abuso: Algunas diócesis envían a sus sacerdotes a Roma con una beca que paga la universidad, y otra beca que paga el colegio. Y el pobre sacerdote debe proveerse de dinero por su cuenta para todo lo demás: viajes, libros, ropa, etc. Sabiendo que mientras esté en Roma, su diócesis no le pagará sueldo alguno. Puedo asegurar que esta situación, aunque inaceptable, se da en un cierto número de estudiantes. Los colegios deberían estar atentos a estas situaciones, y advertir a los obispos que no se puede colocar a una persona con la continua presión de conseguir dinero.

Segundo abuso: Existe un grupo de sacerdotes, grupo muy reducido, que son los clérigos que llevan en Roma una cantidad inaceptable de años, dedicando su vida no a prepararse a enseñar, sino haciendo del estudio un modo de vida. Este tipo de clérigos aparcados en Roma de forma indefinida sin ningún futuro, dedicándose a vivir, son una pésima influencia en los jóvenes sacerdotes. Insisto, no son muchos, pero estos casos también se

dan. Pero por pocos que sean, su influencia es perjudicial para el ambiente del resto de sacerdotes. Pues la vida de unos pocos desviada del ideal inicial tiende a corromper a los buenos presbíteros con los que conviven.

Consejos prácticos para la tesis

En esta parte voy a ofrecer sugerencias muy concretas y opinables. Pero considero que leer estas recomendaciones ofrecerá luces a algunos que van a realizar el doctorado. Doy estos consejos a sabiendas de que muchos profesores tienen otro enfoque de lo que es realizar el doctorado en Roma.

Si una tesis se va a realizar en dos años, habría que dedicar una cuarta parte de ese tiempo sólo a leer. Dedicar cuatro meses a sumergirse en los mejores libros de teología, incluso aunque no tengan nada que ver con nuestra especialidad. Ese tiempo constituirá una magnífica inversión para el futuro de nuestra tesis. Lo importante en esos cuatro meses sería leer una bibliografía selectísima de lo mejor que se ha escrito en teología en todos los campos.

Por supuesto que durante los años anteriores de licenciatura hemos leído infinidad de libros. Pero lo hemos hecho pensando en nuestros exámenes, sin mucho tiempo para ello, y con una cierta tensión que imponía el calendario de las distintas asignaturas. Ésta sería la primera vez en que disponemos de cuatro meses para la lectura reposada por el placer de aprender. Indudablemente, será una lectura completamente distinta. Aquí no leeremos para obtener una calificación, sino para fijarnos en cómo es un buen libro, en cómo se construye un buen artículo, en cuáles son las

características de la mejor teología, en por qué este autor es un clásico y el otro no, en por qué con este autor avanza la teología y con el otro no. Leer sin otro fin que la teología misma, será un modo completamente distinto de leer.

Después de cuatro, o como máximo seis meses, habría hablar con el director de tesis que hayamos escogido y, entre los dos, decidirse por un tema para la tesis. En ese encuentro habría que tener claro que hay que escuchar al director de tesis, no ir a hablar para defender a capa y espada nuestra idea inicial de lo que debe ser nuestra tesis. Lo ideal es escoger un tema que naciera del diálogo entre el profesor cargado de experiencia y el doctorando, un diálogo en el que los dos se escuchen mutuamente.

Contrariamente a la opinión admitida por todos, considero que lo mejor es escoger un tema que sea suficientemente general para que la elaboración de la tesis constituya tan solo una bella excusa para leer y aprender. Soy consciente de que lo que hoy día se pretende con una tesis no es esto. Se busca un tema especializado de investigación que haga avanzar la teología. Pero no nos engañemos, un doctorando, y peor si tiene menos de treinta años, difícilmente va a realizar un trabajo que suponga un verdadero avance de la teología. Dado que lo que va a hacer es leer y recopilar, mejor es que ese trabajo suponga una ocasión para el mayor desarrollo posible para él mismo y para preparar las clases que pueda enseñar en el futuro.

Cuando se tiene toda la Teología por delante, todo el vasto océano de la teología, ¿para qué enfrascarse tres, cuatro años, en el estudio de un archivo del siglo XVII, en el estudio de una única palabra de Ireneo, o de un solo libro de un moralista? Nunca se volverá a disponer de tanto tiempo para conocer la Teología entera, nunca más.

La tesis doctoral debería ser el fruto, la síntesis, la prueba de nuestro avance personal en los caminos de la teología. La tesis no debería convertirse en la obligación que nos aboca a un estrecho sendero. Los temas especializados obligan a los doctorandos a leer mucho sobre temas que nunca les serán de utilidad docente alguna, aunque les nombren profesores en un seminario o una facultad.

Por supuesto que esto que estoy defendiendo supone un cambio en el modo común de entender las tesis. Lo que digo supone una visión creo que realista acerca de la capacidad real de los doctorandos para hacer avanzar la teología. Por supuesto que el doctorando debe escribir su tesis sobre un tema concreto, sí. Pero el centro del esfuerzo de esos años de doctorado ya no debería estar en el tema de la tesis, que sería una mera excusa, sino en buscar la maduración del doctorando. Eso supondría que el director de tesis debería reunirse cada mes con su dirigido y preguntarle qué ha leído, qué ha aprendido, qué ha descubierto de nuevo.

Bajo estas premisas, la tesis nunca podría ser muy larga. Deberían ser tesis más condensadas. La tesis debería ser el centro de todo un aprendizaje que está en la periferia de esas páginas que se presentan al director. Periferia que no se mostraría explícitamente en ella, pero cuyas lecturas personales y diálogos con el director indudablemente dejarían su rastro indudable en esas páginas. Hay que evitar dedicar a los doctorandos a realizar trabajos que sólo son un homenaje a las horas dedicadas a buscar en un archivo o una biblioteca. Tantas tesis son mera erudición, mero enciclopedismo, sobre un tema increíblemente concreto.

La teoría del sistema actual es que así se aprende a investigar. En la práctica, tenemos doctorandos que, al final, han recopilado miles de páginas sobre una minúscula parcela,

desconociendo cosas esenciales, más básicas, mucho más enriquecedoras, que estaban justo al lado del pequeño túnel de investigación en el que fueron introducidos porque se les dijo que las cosas son así, que ése es el sistema.

La tesis doctoral, por tanto, no debería ser un túnel, una habitación que se clausura en torno a ti. Un doctorando nunca más dispondrá de tanto tiempo para tener una visión global del mundo teológico recorrido con toda libertad, movido por sus propias curiosidades, por sus propios intereses, que son la fuerza más poderosa para aprender.

En el actual sistema académico, los directores de tesis no suelen disponer de mucho tiempo, ni de inclinación a dialogar con sus alumnos. Se limitan a corregir errores, a decirles: te has equivocado en esto y en esto. Es raro encontrar a un profesor lleno de experiencia y de placer por dirigir a un alumno, para hacerle entender sus propios prejuicios, para enseñarle a dudar de sí mismo, para estimular su curiosidad. Profesores así son pocos. Si alguno lo ha encontrado, puede estar seguro de que se trata de una excepción.

Hay estudiosos que son formidables para escribir libros y artículos. Pero que ven a sus estudiantes únicamente como una pérdida de su valioso tiempo. Un cierto número de sabios están desprovistos de las características de un buen profesor.

Bajo estas condiciones, a las órdenes de un director de tesis que se limita a dar unas sucintas indicaciones, a menudo el doctorando trabaja para probar sus posturas teológicas iniciales. Un doctorando debería preguntarse: ¿qué proporción de mi trabajo es mera acumulación de citas? ¿Mi trabajo no se ha convertido en una mera recolección, previsible, cada vez más aburrida conforme avanza mi tesis?

El trabajo de los doctorandos se convierte en algo cada vez más mecánico conforme avanza la tesis. El avance de la tesis y la desilusión suelen correr parejos. Qué distinto sería el trabajo de un profesor que se propusiera, ante todo, entusiasmar a su dirigido en el placer de la teología misma, en el placer del descubrimiento. No se requiere tanto tiempo para eso. Pero se trata de algo que tiene que ver con la calidad, con la capacidad para transmitir el gozo del conocimiento. Un trabajador mecánico (es decir, un recopilador profesional de citas) que ha llegado a la posición de profesor, únicamente sabrá transmitir su arte mecánico.

Considero que la realización de las tesis doctorales requiere de un verdadero cambio radical en el espíritu. No habría que cambiar ni una sola norma de las actuales que rigen las universidades. Se trata de cambiar la mentalidad, de desterrar la labor mecánica, en favor de la búsqueda de una verdadera maduración intelectual del doctorando. Incluso, si se me permite la expresión, hay que buscar el placer del estudiante. El estudiante al que se le logra inculcar la teología como placer, como actividad sumamente deleitosa, estudiará, trabajará, investigará con gusto.

Qué gran cosa es ser profesor de una facultad. Pues los profesores tienen la capacidad de transmitir esa pasión por la teología. O tienen la capacidad de enseñar malos hábitos a la hora de sumergirse en ese formidable mar de conocimiento. Cuantos profesores hay que son exigentes, duros y se limitan a leer en sus clases. Hasta leen despacio para que todos puedan copiar.

El profesor que hace de su trabajo una labor meramente intelectual, el que carece del gusto de transmitir el entusiasmo por la Ciencia de Dios (porque él mismo no la tiene), enseña teología, sí, pero también enseña cómo perpetuar una visión árida de la teología.

Y para acabar todo este apartado dedicado a los estudios, recuerda, de tanto en tanto, durante tu estancia en Roma que cuando finalices tu estancia en Roma, la voluntad de obispo al enviarte a uno u otro destino, ésa es la voluntad de Dios. La voluntad de Dios respecto a ti se materializará en la *missio* que te otorgue tu obispo.

Algunos al regresar a sus diócesis, se sienten defraudados. Esperaban más, esperaban otra cosa. *Tantos años de estudio para esto...* Uno se ha ordenado como presbítero para servir donde la Iglesia diga. Para hacer nuestra propia voluntad, podríamos haber permanecido como laicos. Entonces hubiéramos podido hacer lo que hubiéramos querido, teniendo que mantener nuestra subsistencia con nuestro propio trabajo. Pero si uno ha optado por el estado clerical, la voluntad debe quedar gozosamente sometida a la *missio*. Si uno regresa a la propia diócesis con exigencias, si uno comienza a trabajar con amarguras, con un sabor de acritud, entonces hubiera sido mejor no ir a Roma y mantener el espíritu sencillo y humilde de un recién ordenado.

Recuerda que Dios hablará a través de tu obispo, cuando regreses. Tu destino será el escogido por Dios. Quizá para probarte, quizá para purificarte.

La Urbe

El pedestal de la Curia



Descubre el sentido de la ciudad de Roma. Vive su rica vida litúrgica. Entiende lo que significa trabajar ya sea como curial, ya sea como estudiante, ya como profesor, tan cerca del sepulcro de apóstol Pedro que escuchó las palabras de Nuestro Señor, en una ciudad santificada por la presencia de los cuerpos de tantos mártires, por la vida de tantos santos posteriores. Las oraciones de millones de personas en el mundo recaen sobre esa ciudad. Dios envía sus gracias sobre esa urbe, para que sus habitantes se conviertan, porque en ella está la Curia Romana.

Son numerosísimas las reliquias que santifican la ciudad con su presencia silenciosa. La urbe cuyo suelo recibió la sangre y sufrimientos de tantos mártires, es santa. Su pasión y dolores han servido para que, por una larga sucesión de causas y efectos, hoy estés donde estés, en la Universidad, en una casa generalicia, o en la Curia.

Los sufrimientos de aquellos humildes cristianos de los primeros siglos, penalidades terribles a veces, fructificaron en los espíritus. Fructificación espiritual que se materializó en lo que hoy contemplas erigido en Roma. Hoy paseas por sus calles y observas un continuo triunfo de la fe hecho piedra. Su sangre derribó el muro del paganismo, que no se hundió sin presentar

dura batalla. Ellos, en medio de sus sufrimientos, se hubieran emocionado si hubieran visto con sus ojos el triunfo posterior.

Vives en una ciudad donde la Historia de la Iglesia está perfectamente visible. Otros leen la Historia de la Iglesia en las páginas de los libros. En la Urbe, esa Historia está ante tus ojos, en las calles, en las fachadas, en el interior de las basílicas, en las excavaciones que visitan los turistas. Esos turistas quizá puedan aburrirse al visitar una excavación, pero si sus espíritus estuvieran despiertos se darían cuenta de que las piedras les hablan del triunfo de la fe en Cristo Jesús.

Pero no sólo las piedras predicán, también la liturgia clama ese triunfo. Trata de participar una vez a la semana en la liturgia de una iglesia distinta. Tienes tantos ritos orientales, tantas comunidades religiosas, magníficos pontificales, ceremonias papales. Vive Roma en toda su amplitud litúrgica.

Otra posibilidad que ofrece generosamente la ciudad, es la de hacer agradables y variadas peregrinaciones. Puedes hacer cada semana una peregrinación a pie a una iglesia distinta, y allí pasar un tiempo en oración, haciendo tu rato de oración de la tarde. Cambiar de lugar ofrece novedad a tu vida espiritual. Y así aprovechas tu estancia en una ciudad santa como ésa.

Al menos una vez a la semana, haz lo posible por asistir a bellas misas o cambiar de lugar para la oración vespertina. Eso supondrá un agradable aliciente para tu vida espiritual. Y sobre todo durante la Cuaresma, tienes la magnífica posibilidad de las misas estacionales. No digo que asistas a todas las misas estacionales. Pero cuando estaba en Roma, hice el propósito durante la cuaresma de asistir, al menos, a dos misas estacionales cada semana.

No hagas como algunos clérigos de Roma, que estando en semejante emplazamiento privilegiado, siempre celebran misa y hacen su oración en un solo sitio sin interés por ir a rezar a más lugares. Aprovecha Roma. He conocido a estudiantes demasiado encerrados en sus habitaciones, que aunque eran jóvenes se mostraban carentes de interés por todo lo que les rodeaba.

Roma no es sólo una bella ciudad, es el centro de la Iglesia. Dios eligió esa ciudad. Es como si el corazón de la Iglesia estuviese bajo la gran bóveda de la Basílica Vaticana. Hay que descubrir el entorno tan sagrado en el que estás. Por más años que lleves en la ciudad, hay que esforzarse en visitar las Iglesias no como mero turismo, sino como un acto de devoción.

Otra Roma hubiera sido posible

Ciertamente que otra Roma podría haber existido si los cristianos hubieran sido perfectos seguidores del Evangelio. Hubiera sido una Roma más sobria en sus palacios. Algún tipo de residencias hubiera habido para los príncipes de la Iglesia, pero sin duda hubieran sido residencias austeras. Hubieran sido verdaderos ejemplos que cómo hubieran vivido los seguidores del pobre Mesías.

Una Iglesia formada por cristianos más perfectos, hubiera creado templos más espirituales. Es decir, lo decorativo hubiera cedido en pos de un arte más centrado en lo esencial. Las iglesias hubieran sido magníficas, porque el culto a Dios debe ser excelso. Pero la espiritualidad se hubiera notado incluso en los templos.

La misma ciudad hubiera reflejado más espiritualidad. La diócesis del Papa hubiera sido el espejo donde mirarse cualquier

ciudad del orbe católico. En un mundo donde los cristianos hubieran sido perfectos seguidores de Cristo, Roma hubiera debido ser el modelo. La Urbe hubiera sido más austera para los príncipes y prelados, pero más grandiosa para la gloria de Dios.

Esa historia alternativa hubiera sido lo mejor, rotundamente. Pero el pecado, la debilidad de los hombres, la mezcla de lo divino y lo humano, al menos, ofrece un resultado estéticamente apasionante, eso también es cierto.

La actual ciudad es un libro abierto, donde se cuentan en piedra tantas historias de desviaciones de las páginas del Evangelio, pero también tantas montañas de santidad colocadas unas sobre otras en esta Urbe. Muchos son los estratos de tierra y piedra que se han acumulado sobre las calles originales sobre las que anduvieron las sandalias de San Pedro, San Pablo y Lino, Clemente. Pero muchos más son los estratos espirituales que se han acumulado sobre las calles de la Urbe: desviaciones, traiciones, fidelidad, santidad, gloria a Dios, apego a la riqueza, místicos, hombres mundanos, cimas de amor a la Santísima Trinidad, cimas de sacrificio y caridad, hombres lujuriosos, codicia de poder, asimiento a la cruz, hombres de grandes penitencias y ayunos, gente sencilla devota, gente sencilla débil.

Otra Roma hubiera sido posible. Jesús en Jerusalén pensó en otra Roma. En Getsemaní, mirando hacia el Templo, contemplaba lo que hubiera sido de la Cristiandad si en ella el Evangelio hubiera sido perfectamente obedecido. Contemplaba la Roma que hubiera surgido de esa obediencia. Pero sabía que ésta ciudad en concreto, la que es, es la aparecería en el Universo.

La actual no es perfecta, porque siglos de pecado han movido un sinfín de engranajes, de concatenaciones de causas y efectos. Estratos de pecado se han acumulado sobre estratos de pecado. Aun así, la actual ciudad es bellísima en lo espiritual y en lo material, en sus piedras y en sus hombres.

Y hay que recordar que la historia de la Roma de los Papas no es la historia de una traición. Sino la historia de muchas traiciones y de mucha conversión. Su historia es la comprobación, siglo a siglo, de que la Iglesia no puede corromperse. Y al mismo tiempo es la comprobación del influjo del Espíritu Santo. La ciudad es el testimonio de que no somos perfectos, de que el ideal hubiera ido mucho más allá, pero de que en nosotros se materializan las páginas del Evangelio para gozo del Padre.

En cualquier caso, y se pongan como se pongan algunos, en Roma no se sigue al Dios terrible de Calvino. Nuestras grandes liturgias en su mismo barroquismo ya dejan claro que no rinden culto a esa Divinidad rigurosa de los puritanos. Este mismo entorno, colorido y exuberante, se encarga de recordarnos cada día la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Nuestra fe se basa en la alegría pascual. Roma predica con su misma existencia que ésta no es la ciudad rigorista e inflexible de Lefevbre, pero su magnificencia deja bien a las claras que tampoco es la ciudad del iconoclasta Leonardo Boff.

Lugar para la santificación

Roma, Roma, Corona de la Iglesia, pedestal del primado de Pedro. Cuántos tesoros hay dentro de ti. Tras cuatro años de estancia, yo la seguía explorando con el entusiasmo del primer mes. La seguía recorriendo y descubriendo. Dios ha hecho que Roma sea una corona en la que se han engarzado tantas piedras preciosas. Dios ha hecho surgir Roma a través de los hombres. La ha hecho surgir a través de una combinación de santidad y

pasiones, pero detrás está Dios. Los designios divinos hacen surgir a las ciudades. Y la mano del Altísimo hizo surgir a Jerusalén y a Roma.

Mientras estuve en Roma estudiando, unos días iba a la celebración de la misa a la Basílica de San Pedro del Vaticano, otros días iba a la concelebración con mis compañeros en el colegio donde vivía, y otros celebraba a solas en un altar lateral de una silenciosa basílica en una universidad. Tres modos completamente diversos de vivir la misa. Y los tres me gustaban. La celebración íntima, lenta, de la misa a solas, una celebración lenta, meditativa, de sabor monástico. Mientras que la celebración en la capilla del colegio, rodeado de hermanos sacerdotes con los que vivía, me recordaba a la Última Cena. Pero la concelebración de la misa en San Pedro del Vaticano, cuánta devoción me daba. Allí todo me llevaba a Dios. Además, el paseo de media hora hasta allí me servía de ejercicio físico.

Cada día o para celebrar la misa, o sino después de la cena, cuando iba paseando hasta el Vaticano y veía la basílica a lo lejos desde el comienzo de la Via de la Conciliazione, sentía en mi interior que ese edificio, la Basílica de San Pedro, era una razón para tener fe en el orden de las cosas. Puede parecer un pensamiento sencillo, simple, casi, diría yo, cándido, pero para mí completamente verdadero. El edificio, esa fachada, esa cúpula, son como una afirmación en piedra, una afirmación rotunda, gigantesca. Esa fachada es como una titánica palabra dicha por Dios.

Ese edificio es como la constatación de que existe una suprema armonía en el Universo. La mera existencia de esa gigantesca basílica, es la prueba de que existe un orden de las cosas, de que el mundo es un libro inteligible, de que hay una construcción intelectual que nos explica el sentido de todo. El

mundo es verdadero, no es falso, y esa fachada proclama la lógica de todo.

Esa mole de la fachada es como si proclamara siglo tras siglo, que el cristianismo es la piedra que culmina la Creación, su cúspide, su remate. No hace falta decir que el papado es la piedra que está en el centro de esa construcción eclesial tal como es visible en la tierra. Construcción eclesial que es el centro de toda la Creación. Sí, la Iglesia es el centro geográfico del Universo. Es como si en el plan celestial del Supremo Hacedor, todo girara alrededor de ella. Es como si todas las líneas invisibles del universo, confluyeran en la Iglesia. Y todas las líneas de la Iglesia confluyen en su centro que es la Santísima Trinidad.

No importa para nada que nuestra galaxia esté en un lado del universo. Ni que nuestro sistema solar esté en un extremo de la Vía Láctea. Ni que Roma esté situada en una esfera en cuya superficie terráquea no hay ningún centro. No importa, porque no hablo de una geografía material, sino de una cartografía de los designios de Dios. La Mano de Dios creó el cosmos, con la idea de que en el futuro apareciera el Cuerpo Místico de Cristo. El Universo entero, con todas sus galaxias, es un mero marco de ese Cuerpo Místico cuya cabeza es Cristo. Y esa cabeza tiene su asiento sobre el pedestal de Roma. Roma, materialmente hablando, es la corona de esa cabeza.

Cuatro corazones

Corona impresionante, pues la ciudad que ha florecido en torno a las tumbas de los mártires y santos, es una ciudad bellísima, incluso materialmente es bellísima. En mi opinión, la más bella del mundo. Una ciudad en la que brillan impresionantes

las cuatro basílicas papales. Arquitecturas grandiosas en las que tienen lugar formidables ceremonias. Cada una de ellas tiene su cabildo de canónigos, cada una contiene reliquias, cálices, tesoros bellísimos, un largo etcétera de elementos que hace que cada una sea un gran órgano de la gloria de Dios.

Esas cuatro basílicas son como los cuatro corazones de la Urbe. El corazón de un cuerpo, aun siendo uno, está formado por dos aurículas y dos ventrículos. Los peregrinos de todo el Orbe deberían llegar allí con fe y devoción, y tras participar en las bellas liturgias de ellas, tras venerar las reliquias contenidas en ellas, deberían salir con ardor, reafirmados en la fe, con más entusiasmo.

Alrededor de estas cuatro joyas que son las cuatro basílicas papales, están el resto de basílicas romanas como si de un sistema solar se tratara, con satélites orbitando alrededor. Y alrededor de las grandes basílicas menores hay una constelación de centenares de iglesias, cada una de ellas constituye un tesoro en sí misma, cada una ofreciendo culto al Altísimo. La ciudad se completa con un sinfín de cúmulos de pequeñas capillas. Unas abiertas al público, otras situadas en el interior de conventos y residencias sacerdotales.

Si esta ciudad ya sería formidable sólo con sus templos, encima está habitada por una treintena de cardenales curiales que se encargan de proveer a esos lugares sacros de ceremonias fastuosas. A ellos se añaden el importante número de arzobispos y obispos curiales.

A esto hay que sumar el río incesante de peregrinos que acompañados de sus pastores llegan cada día a la Urbe. Son millares y millares cada día, sin que ese río se detenga ni un solo día del año. Ciertamente, la mayor parte de gente que llega a Roma, viene sólo por turismo. Pero hay otra parte que viene con

la idea no sólo hacer turismo, sino también de hacer un viaje que para ellos es una peregrinación, y oran y participan en las misas.

Peregrinos que llegan a una ciudad en la que reside una importante parte del colegio cardenalicio, donde están presentes todos los ritos litúrgicos católicos, desde el rito copto hasta el etiópico. Una ciudad que contiene centenares de monasterios y conventos. Como se ve la Urbe, como un todo, es un incensario de alabanza a la Santísima Trinidad. Un incensario como no hay otro en toda la Iglesia.

Siempre que la gente piensa en Roma, le viene a la mente la imagen de San Pedro del Vaticano. Pero la Urbe es mucho más que la Basílica de San Pedro. La ciudad es como un universo en miniatura donde está presente toda la Iglesia.

Desde el primer día que llegué con mis maletas a Roma para hacer mi doctorado, fui plenamente consciente del gran don que Dios me concedió al llevarme a esa ciudad. Era como si Dios quisiera que aprovechara desde el primer día. Años de paseos, años de visitas al Vaticano, muchas horas rezando en las iglesias de la Urbe. Como una hormiga, tras la comida o tras la cena, he recorrido esta ciudad no sólo de un modo geográfico, tampoco sólo de un modo espiritual, sino que también ha sido un recorrido intelectual.

Esa ciudad la he recorrido de más modos que con mis pies. Aunque sea dicho de paso, sólo yendo a San Pedro, en cuatro años, he andado más de dos mil kilómetros. No es de extrañar que haya tenido cambiar de zapatos varias veces. Pero lo de estos años ha sido más que un ir y venir: ha sido un repensar una y otra vez Roma, ha sido un diario reflexionar sobre la Iglesia, sobre el primado de Pedro.

Cuántas veces, bajo la fina lluvia pertinaz, llegaba por la noche hasta la Plaza de San Pedro y rezaba una breve pero sentida oración ante la fachada de la basílica. Cuántas veces me repetía a mí mismo: *allí se colocó el cuerpo de aquél que escuchó las palabras de Jesús directamente de su boca*. Allí está aquel pobre pescador del pequeño y humilde grupo de los que escucharon por primera vez el Evangelio.

Sí, me resultaba imposible mirar esa basílica de un modo meramente estético, era la realización de las profecías de Cristo y los profetas del Antiguo Testamento. La gloria de ese templo es la gloria de Dios. Su grandeza es la grandeza de la Iglesia. Jesús mora en ese templo, en el sagrario. Mora con su propio cuerpo entre esos muros, como si de un palacio se tratara.

Y cuando entraba por sus monumentales puertas de bronce para rezar, para confesarme, para celebrar misa, me recordaba que entraba en la casa de Dios, con Jesús, con el Espíritu Santo sobrevolando esos espacios inmensos de esa basílica, los ángeles están en ese lugar.

Las liturgias en las que participaba allí en la Basílica del Vaticano, así como otras de la Urbe, son las más grandiosas del mundo. Allí se le ofrece al Altísimo el culto más esplendoroso. Allí puedes ver el esplendor de la gloria de Dios. Por más años que lleves allí, participa con el mismo estupor admirado con que los turistas asisten a esos santos oficios. Observa el rostro iluminado de tantos católicos sencillos. Fíjate en el rostro fascinado de tantos que aun no siendo cristianos reconocen que en toda la tierra no hay lugar como ése. De todos los confines del mundo afluyen a ese monte santo.

En mi vida hubo un tiempo *ante Romam* y otro *post Romam*. Mi comprensión de la Iglesia cambió. Cuando llegué a Roma para establecerme en ella en el año 2009, llevaba muchos años viajando por todas partes del mundo dando conferencias, completando ese mapa mental de la Iglesia en sus detalles parciales, ese gran puzle, ese mosaico planetario. Pero fue el microcosmos romano el que completó sustancialmente mi comprensión de la realidad concreta de la Iglesia Católica. Es como si sólo viendo sus partes no hubiera podido llegar a la síntesis perfecta. Fruto de la oración, fruto de tantas peregrinaciones a los sepulcros de los mártires romanos, mi comprensión del misterio de la Iglesia y de la realidad concreta de la Iglesia cambió. Jamás hubiera logrado eso sólo con los libros. Debemos buscar la gracia.

Ahora oigo a algunos hablar de la Iglesia, y dentro de mí me sonrío comprensivamente: la Iglesia es mucho más. Si los hombres llegaran a comprender una mínima parte del propósito divino al crear la Iglesia, de los tesoros que Él ha dado a la Iglesia y que en ella se contienen. Roma es un esfuerzo acumulado de siglos por hacer visible el misterio de la Iglesia, por hacer visible lo invisible

Al mismo tiempo, sin duda, ha habido en la Historia arzobispos y cardenales, incluso Papas, que sólo han tenido una comprensión muy limitada del misterio de la Iglesia. Cuántos eclesiásticos han entendido la Iglesia según su pequeño entender humano, un entendimiento debilitado por las pasiones.

La Iglesia va mucho más allá de lo que pensamos los eclesiásticos con nuestros pequeños esquemas y conceptos. La Iglesia es una obra de Dios. La Iglesia es la gran obra de Dios en el mundo. La Creación entera, en cierto modo, es pedestal de la Iglesia, cuyo centro es la Trinidad. Únicamente instruidos por la

visión celestial podremos entender cuán grandioso es el plan de Dios. Y por ende podremos vislumbrar qué impresionante cosa es ser sacerdote. El poder de Dios en manos humanas. Y, sobre todo y ante todo, la potestad sobre el Cuerpo de Jesucristo.

El Estado Vaticano

Un pequeño Tibet



Nunca dejará de sorprenderme la buena voluntad (y algo de candidez) de algunos sacerdotes cuando afirman que hay que escuchar la voz del pueblo, y este pueblo sano, noble y con una inmaculada bondad rousseauiana se lamenta de que el Vaticano es un escándalo y que hay que reformarlo. ¿Pero qué Vaticano hay que reformar? ¿El de los Borgias? ¿El del siglo de hierro? ¿El Vaticano descrito por Holliwood?

Este ciudadano medio inconscientemente indoctrinado considera que el Vaticano, en bloque, es un escándalo que ha traicionado el mensaje de Cristo. Por supuesto, ellos no distinguen entre Papado, Santa Sede y Estado Vaticano. Para ellos mejor sería que no hubiera nada de todo eso. Pero si existe un Papa, según ellos debería existir como una figura simbólica, como un cura de pueblo, como algo meramente nominal. Es decir, ellos pueden aceptar el papado, siempre y cuando que deje de ejercer su función de papado.

Supongamos que tras una larga y paciente conversación, les convenciéramos de que la Santa Sede debe existir, pero se mostraran irreductibles en cuanto al entorno material que rodea a la Curia. ¿Deberíamos acabar con el Estado Vaticano, los museos

y las obras de arte, simplemente porque una masa contaminada por la propaganda así lo desee? ¿Hay que destruir la belleza, simplemente porque así lo requiere la masa? ¿A qué masa escuchamos, a la que gritaba *Barrabás, Barrabás*? ¿Será posible hallar una masa neutral que no esté cargada de prejuicios?

Lanzo preguntas, no necesito dar respuestas, el sentido común lo hará. Desde luego, está claro que los prejuicios y la ignorancia no pueden convertirse en nuestro criterio último a la hora de obrar. ¿Desde cuando la ignorancia es un punto de vista?

La reforma vaticana se debe realizar desde el conocimiento de las realidades vaticanas y desde la santidad. No desde una visión mundana de las cosas. Como me dijo una vez un joven: *¿Hay que tener en cuenta la opinión de los que quieren destruir todo?* Es decir, ¿se debe tener en cuenta el grito de la reforma, cuando la reforma supone la destrucción?

El problema no es que el pueblo esté cargado de estereotipos, el problema es que esos mismos estereotipos acaban contagiando parcialmente al clero. La belleza y la grandeza son dos de los factores que Dios requirió para la construcción de su templo en Jerusalén. Belleza y grandeza son características del mundo, cuando Dios lo creó. La sencillez rampolona no es un bien a conseguir ni en el Vaticano, ni en la Iglesia universal.

Si tenemos en cuenta este fundamento que es incluso bíblico, acotaremos mucho más qué reforma es la que estamos buscando. Pasemos a examinar primero qué vaticanos son posibles.

El mundo de lo posible

Un tema sobre el que he reflexionado durante años, es: ¿eran posibles otros vaticanos? ¿Era posible que el primado de Pedro se concretase de modos muy distintos a los que hemos tenido actualmente y a lo largo de la Historia? La respuesta que parece más sencilla, es afirmar que sí. Pero observemos que, en el mundo biológico, la fauna, aun en medio de una increíble variedad, suele repetir una serie de soluciones muy eficientes.

El ejemplo más repetido es el de los cetáceos y los peces. La naturaleza en un mamífero como el delfín o la orca, a través de la evolución, ha desarrollado soluciones que son casi idénticas a las que ha desarrollado en un congrio o una sardina, aunque ambas familias biológicas hayan evolucionado desde puntos de partida totalmente diversos. Podríamos seguir recorriendo la variada vida animal y comprobar cómo hay una serie de soluciones muy eficaces que se repiten en los distintos órdenes, géneros y especies por muy distintos que sean sus orígenes zoológicos iniciales. Y así, por citar un solo ejemplo entre millares, la transformación de las patas de las aves acuáticas en patas con membranas (semejantes a las patas de las ranas), o la transformación de las patas superiores en aletas en los pingüinos (semejantes a los peces).

Esto contiene una enseñanza para nosotros. Por un lado hay que afirmar que sí que fueron posibles muchos tipos distintos de vaticanos en dos mil años de Historia. Pero para ejercer una serie de determinadas funciones, normalmente, las soluciones más eficientes suelen ser unas pocas. Si observamos la evolución institucional y la organización burocrática que han experimentado a comienzos del siglo XXI el ejercicio del primado del Arzobispo

de Canterbury o el ejercicio del primado por parte del Patriarca de Moscú, observaremos las sorprendentes semejanzas que sus estructuras tienen con la estructura de la Santa Sede. Y en ellos no había una voluntad de copiar a Roma, sino todo lo contrario. Pero funciones iguales muchas veces crean estructuras iguales.

Es cierto que dentro del mismo credo católico, dentro de los mismos dogmas de la Iglesia, el Vaticano se hubiera podido articular de otras muchas maneras. Hubiera podido haber desde muchas variantes de vaticanos radicalmente espiritualistas, hasta otros vaticanos que materializaran el primado petrino de un modo completamente descentralizado. Hasta hubiera sido posible una Curia Romana que funcionase como una gran abadía de hombres contemplativos, viviendo como místicos, en reclusión, en un vaticano monástico. Hubiera sido posible un vaticano de hombres casados que se dedicasen a la Curia en su tiempo libre, como un servicio al Obispo de Roma. Hubiera sido posible un vaticano de diáconos permanentes que fueran misioneros y que sólo regresasen a Roma para ejercer sus funciones, durante la mitad del año. Hubiera sido posible un vaticano itinerante. Hubiera sido posible un vaticano representativo de todas las iglesias particulares al modo democrático.

Hubiera sido posible una casta de curiales totalmente estanca. Una casta clerical formada no por aportaciones de las diócesis a la Curia. Un cuerpo eclesial que tampoco hiciese transferencias de obispos a las diócesis. Sino que fuese como una especie de vocación, con su noviciado y su preparación *sui generis*.

Queda claro que dentro del mismo marco de la fe, muchos vaticanos hubieran sido posibles. Pero, de hecho, si mantenemos el primado de Pedro como supervisión sobre la Iglesia universal, no son tantos los vaticanos posibles que funcionen de un modo

óptimo. Por ejemplo, en la última opción del Vaticano como casta estanca, las posibilidades de corrupción son evidentes.

En cierto modo, si dejamos aparte las versiones corruptas (por ejemplo, un vaticano centralista al estilo de Avignon) sólo caben tres vaticanos posibles con infinitas posibilidades intermedias y combinaciones.

Vaticano I: Un vaticano pobre, reducido a lo mínimo posible. Sin palacios, sin Estado Vaticano, con un Papa viviendo en un apartamento de Roma. Incluso con cardenales vestidos con traje y corbata como cualquier otro ciudadano romano. Sin grandes basílicas, sin liturgias fastuosas. Ésta hubiera sido una Roma de pequeñas iglesias con sencillas misas. Sin apenas estructura humana, el Vaticano sólo intervendría antes los abusos más notables.

Vaticano II: Un vaticano que hubiera mantenido parte de los Estados Pontificios. Un vaticano que como una pequeña Andorra contara con los beneficios materiales y pudiera dedicar ese dinero a ofrecer un culto todavía más grandioso que el actual, en templos todavía más impresionantes. Una Roma así podría ofrecer todavía más cosas a los peregrinos, a los sacerdotes estudiantes, a los obispos en visita *ad limina*. Por poner sólo un ejemplo, imaginemos una Roma que ofreciera todo un sistema de *colleges* como el que tiene Oxford, con su misma calidad. Imaginemos un vaticano que pudieran ofrecer macroinstalaciones para las obras de caridad: hospitales, formación de gente necesitada, residencias para los enfermos más abandonados y desdichados de la familia humana. Un vaticano que sin traicionar el Evangelio, tuviera los medios que tenían las grandes archidiócesis medievales.

Vaticano III: Un término medio entre los dos extremos, es decir, lo que tenemos actualmente. Con dicasterios, pero siempre vigilando contra el peligro de su desarrollo innecesario. En un estado independiente, pero reducido a su mínima expresión. Bellas liturgias, un cierto protocolo, pero manteniendo una razonable naturalidad.

Otros vaticanos son posibles, pero serían versiones corrompidas de éstas. Por ejemplo un vaticano minimalista que no ejerciera ningún primado real sobre la Iglesia. Pero si tenemos un vaticano que ejerce el primado, entonces fácilmente se llega por evolución a lo que tenemos ahora. Algo más grande o más

pequeño, algo más rico o más pobre, con más protocolo o con menos. Pero, al fin y al cabo, variaciones del vaticano actual.

Por eso podemos dejar desbocados los caballos de la imaginación, pero las estructuras realistas para ejercer el primado, no son tantas. El resto de elementos que rodean el ejercicio del primado, son pura estética, mero ceremonial, simplemente un entorno. Pero lo estructural, el núcleo del ejercicio del primado petrino, lo que de verdad importa, no permite un modo infinito de variantes realistas.

Por eso, cuando se habla de reformar la Curia Romana, en definitiva, hablamos únicamente de dos aspectos: de aspectos organizativos y de intentar que sean los más santos los que integren los escalafones de la Santa Sede. El resto son menudencias estéticas y protocolarias.

Nadie desea un hiperdesarrollo vaticano, la burocratización por la burocratización no tiene ningún sentido; aunque algunos estados y municipios hayan seguido ese camino. Pero una reducción de lo que es el núcleo vaticano (las Congregaciones y Consejos) no se podría hacer si no es a costa de disminuir el ejercicio de una supervisión efectiva sobre las instancias de la Iglesia universal.

Los prejuicios

El Vaticano no es perfecto, no es una especie de comunidad de ángeles, no ha caído del cielo tal cual es. Pero es el resultado de una evolución que ha tendido hacia la optimización y ahorro de recursos. Insisto, no es perfecto. Se me ocurren reformas que hacer. Pero son reformas bastante técnicas, muy alejadas de las reformas revolucionarias que proponen algunos a los que no les

niego su buena voluntad, pero que adolecen de un cierto desconocimiento de lo que es de verdad el mecanismo de los dicasterios romanos. Sin conocer los mecanismos profundos del funcionamiento de la Santa Sede, toda reforma queda en un retoque del decorado. Démonos cuenta de que cabe un aumento del centralismo y del despotismo, simultáneamente unido a una simplificación extrema del protocolo y de la belleza del entorno. Grandes dictadores populistas han vivido en moradas de la mayor simplicidad, uniéndolo a un aumento real de la estructura burocrática. Ha habido dictadores como Castro o Stalin que han acabado con todas las ceremonias y parafernalias del poder, y simultáneamente han sido perfectos déspotas. Con el Vaticano pasa lo mismo. Es posible un Vaticano magnificente en su protocolo, unido a un ejercicio radicalmente colegial de la autoridad. Así como es posible un Papa que habite durante su pontificado en una pequeña vivienda de un barrio obrero, pero que ejerza un papado muy centralista.

La gente habla de la necesidad de reformar el Vaticano. Pero no son las razones de fondo las que preocupan a esa gente. Cuando hablan de reforma, son las salas pintadas con frescos de Rafael y el dinero lo que les molestan. Aunque el presupuesto de todo el Vaticano es similar al del ayuntamiento de una ciudad como La Coruña, ciudad de 200.000 habitantes. Nadie se escandaliza del presupuesto de ese municipio, y sin embargo se desatan las fantasías acerca de ríos de oro entrando en el Vaticano.

Cualquier liturgia para honrar a Dios, escandaliza. Paradójicamente, producir un solo programa de televisión como *Gran Hermano*, cuesta más que todas las liturgias del Vaticano en un año.

Se hace necesario que el clero no entre en esta mentalidad populista que no carece de ribetes iconoclastas y protestantes.

Sino que debemos profundizar en los conceptos bíblicos de un Dios que explica a sus hijos cómo deberá ser el culto que le tributarán o explica con todo detalle cómo será el Templo de Jerusalén. De manera que para la mentalidad de un judío que medita diariamente las Escrituras, el Vaticano resulta la consecuencia natural de lo iniciado en el Antiguo Testamento. Mientras que para una mentalidad protestante, mentalidad presente en no pocos católicos, la única reforma que cabe de la Santa Sede es que desaparezca, que sus museos pasen a ser propiedad del Estado Italiano, y que el Estado Vaticano se autodisuelva.

Una isla otorgada por la Providencia

No descubro nada a los conocedores de la Teología, al repetir la enseñanza clásica de que debemos ver una decisión de la Providencia Divina, en el hecho de que se creara un pequeño estado pontificio independiente. Ahora bien, está sujeto a opinión cuáles hubieran sido las dimensiones óptimas de ese estado.

¿Es lo ideal que sea un reducto mínimo de independencia, como lo es ahora? ¿O hubiera sido preferible disponer de una pequeña Andorra en el centro de Italia? Éste es un asunto opinable. Pero dos cosas resultan indudables. Un estado más grande (aunque sólo abarcara la ciudad de Roma), daría posibilidad de hacer más bien. Pensemos sólo en impuestos los beneficios que se lograrían. Pensemos en la posibilidad de una organización óptima de una ciudad como Roma. Una ciudad que pudiera convertirse en ejemplo de todas las ciudades del mundo. Pero, al mismo tiempo, esa situación provocaría problemas

mayores. Desde el momento en el que se dispone de más capital, de más poder, los problemas se multiplican.

No es propio de la Iglesia disponer de poder terreno como los reinos de este mundo. Nosotros debemos limitarnos a lo espiritual. No podemos meter nuestra hoz en mies ajena. Aun así, podemos imaginar cómo sería una república enteramente cristiana bajo el poder papal en el siglo XXI que ocupase el centro de Italia. La mayor parte de los clérigos afirmarían sin ninguna duda que los Estados Pontificios medievales aparecieron cuando era conveniente que aparecieran, y desaparecieron cuando sólo hubieran constituido una inagotable fuente de problemas con la sociedad civil gobernada. Aun así, es un tema sujeto a discusión.

Lo que resulta indudable, es la necesidad de salvaguardar esa pequeña isla que es el Vaticano. Hasta un ateo debería reconocer que el mundo es más bello con el Vaticano en él. Y el mismo ateo reconocería que el Vaticano es mucho más que los edificios. Es también todo el mundo eclesiástico que habita y se mueve en el interior de ese perímetro.

Si meditamos en lo que es el Vaticano, pasaremos de una situación actual en la que algunos católicos desean su eliminación, a una situación futura en la que los mismos ateos deseen su salvaguarda. El Vaticano incluso en su aspecto humano (ceremonias, vestiduras, protocolos, rangos internos) debe ser entendido como un patrimonio del mundo.

Podemos amar la simplicidad todo lo que queramos. El amor a la simplicidad puede reinar en el resto del mundo. Pero el microcosmos vaticano debe ser él mismo. El único lugar del mundo donde puede preservarse ese complejo entramado de elementos humanos y ceremonias, es en el Vaticano. Por amor a la simplicidad, querer acabar con ese pequeño mundo, es un error.

Volviendo al ejemplo de la biología. Si en la fauna mundial hubieran triunfado formas biológicas pequeñas y ágiles de fácil adaptación, pero quedara un solo dinosaurio vivo en una isla, sería necesario preservar ese dinosaurio. Desear que ese dinosaurio fuese de tamaño más moderado, sería un error. El dinosaurio debe permanecer en su ser, fiel a sí mismo.

Alguien replicará en seguida: ¡fiel a Dios! Sí, pero al Creador le gusta la singularidad. Vemos que en su naturaleza ha creado tantas. A veces al Hacedor le gusta el fasto del pavo que despliega su cola, el esplendor y la magnificencia de las gigantescas secuoyas. Querer acabar con todos los pavos reales, no favorecerá en nada a las gallinas y los gorriones. La secuoya da gloria a Dios a través de su impresionante aspecto. Creer que la liturgia se debe reducir a un común denominador que sea moderado, es un error. Por el contrario, en el Vaticano, el ritual se desborda más allá de la liturgia, en infinidad de protocolos, en guardias suizos que marchan con sus picas, en monseñores que ocupan sus puestos en el coro revestidos con su manteleta para el rezo de vísperas, en el sellado ceremonial de los aposentos pontificios cuando se produce la sede vacante.

Yo no soy budista, pero la preservación de las tradiciones del Tibet hubiera sido un beneficio para la Humanidad. Desgraciadamente, la invasión china destruyó esas tradiciones. El Tibet era mucho más que mantener el palacio principal de la capital de los lamas. Aquello era un pequeño mundo de ceremonias, jerarquías, vestiduras y tradiciones. Su pérdida resulta irremediable. Si hubiera pervivido, por supuesto, hubiera tenido que cambiar algunos aspectos, tales como la situación social de la población. No se hubiera podido mantener ese régimen feudal. Pero todo lo positivo de ese mundo, sí que debía haber sido conservado. Su pérdida, es una pérdida para toda la Humanidad. Y una vez que destruyes la ininterrumpida cadena de

la tradición, infinidad de elementos se pierden de la memoria para siempre. Considero que esto también es una enseñanza para nosotros católicos, respecto nuestro Vaticano. Porque es nuestro, de todos. Debemos entenderlo como algo nuestro.

Vaticano Hierosolimitano

Antes he examinado los distintos vaticanos posibles de un modo sucinto, pero no puedo dejar de ponderar la posibilidad de qué hubiera sucedido si el pueblo judío hubiera reconocido al Mesías. La destrucción de Jerusalén en el año 70 tuvo un sentido teológico. Por tanto, si Israel hubiera sido fiel a los planes de Dios, es razonable pensar que la Nueva Alianza hubiera tenido como su centro el Templo de Jerusalén. Hubiera habido otros grandes templos cristianos en el mundo, con el pasar de los siglos. Pero, sin ninguna duda, el Templo Hierosolimitano hubiera sido el templo central. En él se hubiera celebrado la santa misa, y en el Arca de la Alianza se hubiera colocado la Sagrada Eucaristía.

No sólo eso, si Israel hubiese sido fiel, parece razonable pensar que al sacerdocio levítico se le hubiera añadido la gracia sacramental del sacramento del orden. En un Israel que hubiera sido fiel a la voluntad de Dios, con un sanedrín que hubiera reconocido al Mesías, los hijos de Aarón hubieran recibido la plenitud del misterio sacerdotal, se hubiera consumado el don de lo que ya habían comenzado a recibir.

Por supuesto que esto es una hipótesis, pero no parece lógico que Jesucristo hubiera desdoblado el sacerdocio del culto del Templo por un lado, y el sacerdocio sacramental por otro. Dios actúa siempre con una perfecta continuidad, construyendo

sobre lo ya erigido. A lo largo de las páginas del Antiguo Testamento, una y otra vez observamos que las discontinuidades se deben a la infidelidad. Y así, Jerusalén fue destruida la primera vez por la desobediencia del Pueblo Elegido. El Templo fue derribado por la iniquidad de los hijos de Abraham. Y así tantas otras cosas. Si hubieran sido obedientes a la Ley, el Templo hubiera permanecido y Jerusalén hubiera sido inexpugnable.

Si el sacerdocio levítico, tras una preparación de un milenio, hubiera sido el receptor del nuevo poder sacerdotal, podemos imaginar que el Sanedrín hubiera ejercido las funciones del Colegio Apostólico. Y que, entre ellos, el Sumo Sacerdote hubiera ejercido el primado. Por supuesto que esto es una hipótesis, pues Dios tenía otras posibilidades. Por ejemplo, podemos imaginar una Iglesia en la que podría haber existido un sacerdocio levítico no sacramental en Jerusalén encargado del culto en el Templo, y otro sacerdocio paralelo proveniente del cuerpo apostólico esparcido por todo el orbe. Pero esta duplicidad hubiera dado lugar a no pocos conflictos. La idea de la unidad y la continuidad parece más adecuada.

En una situación así, de continuidad, Jerusalén hubiera sido la ciudad santa del cristianismo, y allí hubiera estado el Vaticano y el *Sumo Sacerdote-Papa*. Si el pueblo hebreo hubiera sido fiel desde el principio, todavía tendríamos hoy día el contenido del Arca de la Alianza. Los cristianos podríamos contemplar, algunos días al año, las auténticas Tablas de la Ley del tiempo del Moisés. Podríamos contemplar la vasija del maná del desierto, el Arca de la Alianza y el primer Templo. Si el plan de Dios hubiera sido llevado a cabo de un modo ideal, el primer Templo seguiría en pie, podríamos visitar los sepulcros de los reyes hebreos (no se hubiera producido la división de Judá e Israel) y las tumbas de los profetas, dispersas por Israel. La continuidad no sería un concepto, sino una realidad visible, atestiguada por objetos y

pedras, y por una ininterrumpida línea biológica en los hijos de Aarón. En la Iglesia, junto a un sacerdocio como el actual, hubiera existido un sacerdocio aarónico cristiano. El pasado hubiera coexistido con la novedad de la Nueva Alianza.

Pero el pecado trajo la ruptura, la destrucción, la discontinuidad. El concepto de Nueva Jerusalén tal como es usado en el Apocalipsis, es la ciudad de los hombres salvados. En ese sentido, Roma no es la Nueva Jerusalén. Pero qué duda cabe, que Roma es una cierta nueva Jerusalén. No es la Nueva Jerusalén, pero sí una nueva Jerusalén. Las analogías entre la primera y la segunda Jerusalén son innegables. Las dos con su propio templo, con su sacerdocio propio, dos ciudades santas con su nuevo sanedrín. Entre los autores cristianos, el significado claro y preciso del concepto bíblico de Nueva Jerusalén, como ciudad de los salvados, ha hecho que no haya existido una tradición de llamar de esa manera a Roma. Pero los paralelismos son evidentes.

Si se hubiera dado una situación de fidelidad hebraica, otra posibilidad que habría podido darse la de la dualidad de sacerdocios. En esta hipótesis Jesús, aun reconocido por el pueblo y el sanedrín, habría escogido a los Doce de entre la gente común y los habría formado. Jesús podría haber entrado en Jerusalén varias veces aclamado por el pueblo y recibido por el sanedrín con todos los honores como el Mesías esperado. Pero el sacerdocio de la Nueva Alianza hubiera sido conferido sólo a los Doce y los hubiera enviado por el mundo.

En esta hipótesis, al final, hubiera podido convivir un Papa en Roma, y un sacerdocio levítico en Jerusalén. El sacerdocio aarónico se encargaría únicamente del culto, sería un testimonio vivo del Antiguo Testamento, pero no se encargaría de ningún aspecto sacramental. En todo caso, quizá algunos de esos levitas

hubieran recibido el sacerdocio del sacramento del orden. Pero el sacerdocio de Jerusalén sería consciente de permanecer como testimonio, como una llama que no se apaga, en unos tiempos en que un nuevo sacerdocio ha aparecido. Pero, por excelso que fuera el nuevo sacerdocio, no anularía al primero.

En este escenario, la Iglesia contaría con dos ciudades santas, dos cultos y dos sacerdocios. Puede parecer extraña esta posibilidad, pero hoy día en el mundo, coexisten por voluntad de Dios, el Pueblo de la Antigua Alianza y el de la Nueva. Dios no ha hecho desaparecer al pueblo judío. Al revés, ha querido que quede como testimonio. En la hipótesis expuesta, en una misma Iglesia Católica coexistirían el pueblo gentil de la Nueva Alianza, y el pueblo hebreo de la Nueva Alianza, algunos de cuyos sacerdotes serían diáconos, presbíteros y obispos.

Hemos visto que en un escenario de fidelidad hubiera cabido la hipótesis de un sacerdocio unificado o la hipótesis de un sacerdocio dual, si bien en este caso el sacerdocio levítico cristiano sería muy reducido en miembros frente al sacerdocio universal. En el caso de un sacerdocio unificado, nunca hubiera existido el vaticano romano. Pero incluso en la hipótesis de un sacerdocio dual, el Vaticano hubiera sido muy distinto del que vemos ahora. Pues hubiera tenido incluso una estética mucho más hebrea que la actual. Eso hubiera influido en la teología, en los ritos, probablemente incluso en las vestiduras.

El vaticano actual es bello y fascinante hasta para los no creyentes. Pero si el pueblo de Israel hubiera sido completamente fiel, el vaticano que tendríamos ahora (fuera romano o hierosolimitano) hubiera sido mucho más bello y mucho más fascinante. En la hipótesis de un sacerdocio unificado, nunca hubieran existido los Estados Pontificios. El Estado Pontificio hubiera sido el Reino de Israel. En la hipótesis de un sacerdocio

dual, hoy día coexistirían el Estado de Israel y el Estado Vaticano. Si todos hubiéramos sido buenos, quizá Israel hubiera mantenido el reino con el territorio de los tiempos davídicos, y el papado hubiera mantenido los Estados Pontificios en todo el centro de Italia, como una magnífica república cristiana.

No hace falta decir que todo este planteamiento, a su vez ofrece infinitas posibilidad de perversión. Un vaticano hierosolimitano que hubiera intentado conquistar más territorios con la fuerza. O un vaticano romano que hubiera intentado expandir sus Estados Pontificios a toda Italia, y después más allá. Es decir, una Iglesia que no hubiera logrado separar bien la esfera de lo terreno y lo espiritual. En un escenario en el que lo terreno y lo espiritual hubiera estado entremezclado de un modo más inextricable, ciertamente la tendencia a ofrecer una explicación teológica plausible para mantener ese *statu quo*, hubiera sido más fuerte de lo que ya lo fue en el ámbito intelectual del medievo.

Como se ve, nos podemos sentir tranquilos al ver que el poder papal (que es un poder espiritual) se ha mantenido en los términos actuales, materializando un Vaticano como el actual. Un Vaticano purificado que ha huido de otras tendencias que hubieran desdibujado su carácter de reino que no es de este mundo. Conociendo lo falible que es la naturaleza humana, al contemplar el Vaticano actual, no podemos dejar de ver la Mano de Dios que guía a su Iglesia.

Conclusión

Si me tomé el esfuerzo de escribir estas páginas, fue porque creo que es necesario crear una teología acerca del Vaticano. Es decir, ya hay toda una eclesiología acerca del Primado de Pedro. Pero es conveniente que insertemos el Vaticano material en la teología inmaterial acerca del papado.

Roma es algo accidental a la Iglesia. Pero la Urbe, sus basílicas, el Estado Vaticano, no han aparecido fruto del azar. Roma no era necesaria, pero no es resultado del azar. Roma es prescindible, podría ser arrasada por una explosión nuclear. Pero la Urbe, aun prescindible para un reino que no es de este mundo, ha de ser valorada como un don. Roma con todo lo que contiene es un regalo de Dios para la Iglesia y el mundo. Una ciudad material en el centro de un reino espiritual. Incluso el pecado de siglos pasados se ha integrado en ella, para hacerla más estéticamente más interesante.

Con estas páginas no he divinizado la Urbe, no la he absolutizado, nuestro Reino es un reino inmaterial, un reino de almas. Pero Roma ha surgido como fruto de los planes del Espíritu Infinito. Algo tan material como una ciudad ha surgido de la Decisión del Ser Infinito.

Mis páginas servirán a los curiales, a los que viven en ella, pero ayudará a amarla más incluso a aquellos que jamás la visiten. Éste es un escrito nacido de mi amor a la Iglesia. Amar a la Iglesia, me llevó a amar a Roma. Y cuando me trasladé a vivir a la Urbe, Roma me llevó a amar más a la Iglesia.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-ecclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.

